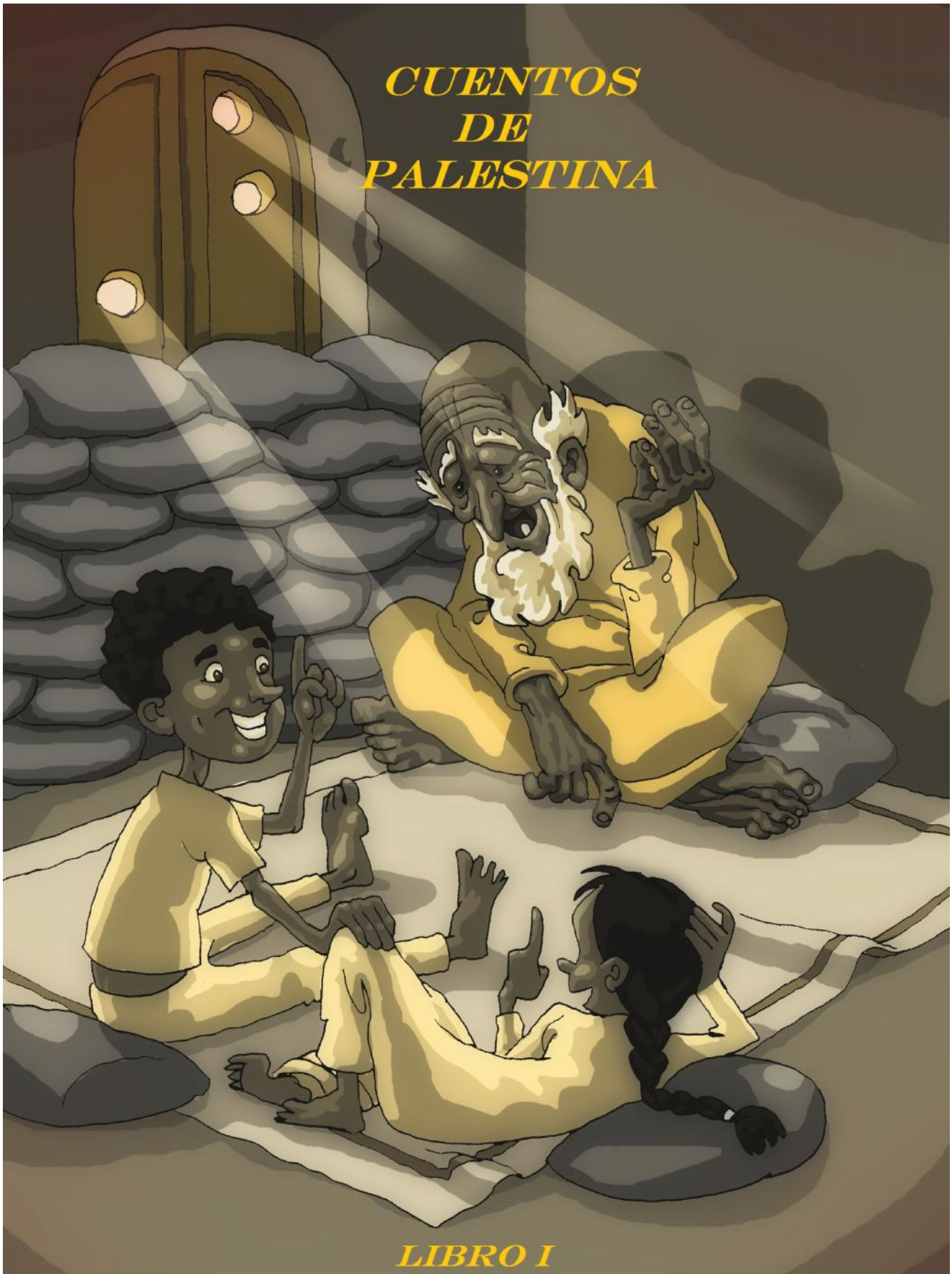


*CUENTOS
DE
PALESTINA*



LIBRO I

- *Título: CUENTOS DE PALESTINA*
- *Introducción: Montserrat Rabadán Carrascosa*
- *Autor de la portada: Andoni Odriozola*
- *Selección: Xabier Susperregi*
- *Edita: Biblioteca de las Grandes Naciones*
“bibliotecadelasgrandesnaciones.blogspot.com/”

LIBRO Nº 11

Oiartzun, Marzo de 2013

*CUENTOS
DE
PALESTINA*



LIBRO I

Introducción: Montserrat Rabadán

Portada: Andoni Odriozola

Selección: Xabier Susperregi

INTRODUCCIÓN

La literatura de tradición oral ha sido durante muchísimo tiempo una literatura de segunda clase frente a la literatura culta o escrita. Esto ha sido y, en muchos casos todavía sigue siéndolo, un fenómeno común en casi todas las culturas. Sin embargo, en las últimas décadas, y gracias a la labor incansable de numerosos investigadores y folcloristas, los trabajos sobre diferentes tradiciones orales en todo el mundo son cada vez más serios y abundantes.

Por otra parte, también se ha incrementado un interés general entre el público deseoso de conocer no solo el acervo de sus propias tradiciones orales, que ahora les llegan de forma escrita, sino también el de otras más distantes y diferentes. Quizás como resultado de nuestra convivencia con gentes y culturas de la “aldea global” en la que se ha convertido nuestro mundo actual.

Como muestra de esta actividad de investigación e interés por otras culturas y sus literaturas orales, este precioso ramillete de cuentos palestinos de tradición oral que nos ofrece Xabier Susperregi en esta variadísima y estupenda selección. En esta obra digital, el lector podrá disfrutar de una exquisita muestra en la que se puede apreciar la riqueza y el colorido de la literatura de tradición oral palestina, y más concretamente del cuento; cuentos maravillosos, de animales, de costumbres, humorísticos, religiosos, son algunos de los subgéneros narrativos que podemos encontrar.

Para muchos lectores, sin duda acostumbrados a las noticias habituales sobre violencia, terrorismo, muerte y destrucción, ligadas siempre a lo palestino, será, sin duda, una agradable sorpresa descubrir que existe algo más allá de la imagen negativa que los medios nos transmiten de manera insistente; que el pueblo palestino posee una hermosa y vasta literatura, tanto escrita como oral. Y esta obra es una prueba de ello.

Contar, narrar forma parte de la esencia humana. Sin la narración no somos nadie. Ya alguien dijo que “somos lo que contamos”, y sin duda es así. Y tal vez, el que no cuenta deja de existir. Por eso es tan importante que este maravilloso ensamble de cuentos que Xabier Susperregi nos ofrece aquí siga leyéndose y contándose, para que este aspecto tan esencial y bello de lo palestino se conozca y se difunda, siga vivo, y no sea aniquilado o arrebatado, como, por desgracia, sí que ocurre con la dignidad y la propia vida palestina del día a día.

Ojalá que así ocurra, pero sobre todo, deseo al lector que se deje arrastrar por el fascinante mundo del cuento palestino con todos sus variopintos personajes maravillosos como los ogros (gul), sobrenaturales como los genios (yinn), semi históricos como el divertido Joha. Otra cosa muy importante, que el lector no debería dejar pasar por alto, son, no solo los aspectos diferentes de la otra cultura, en este caso la palestina, sino los elementos comunes y universales, existentes en todas las tradiciones orales, esos que nos acercan a todos, que nos recuerdan que, en el fondo, no somos tan diferentes, sino más bien bastante iguales. Por esa razón es posible que Hudaydón, Turaybón y Nujaylón y la gula, no sean otros que los famosos tres cerditos y el lobo, como inmediatamente apreciará el lector. Al igual que La cabra cabrita no es otra que la versión palestina de los siete cabritillos y el lobo de la tradición europea.

Sin más preámbulos, les invito a que se adentren en la lectura de estas bellas y singulares historias. Pero antes me despido con una bellísima fórmula de cierre, común en los cuentos maravillosos palestinos:

Wa tara at-tir, Allah yumassikum bil-jayr!

¡El pájaro voló, buenas noches os dé Dios!

Montserrat Rabadán Carrascosa

27 de Febrero de 2013

- 1- JOHA Y LA MANTEQUILLA*
- 2- JOHA Y LOS BURROS*
- 3- JOHA Y LA OVEJA*
- 4- JOHA Y EL CAZO*
- 5- JOHA Y SUS VECINOS*
- 6- EL INCENDIO*
- 7- EL BURRO CANTADOR*
- 8- EL ZORRO Y LA HIENA*
- 9- LA GALLINA Y LA ESPIGA DE TRIGO*
- 10- EL BURRO Y EL BUEY*
- 11- EL BURRO DE MI TÍO KARIM*
- 12- ABU IBRAHIM Y LA VIEJA*
- 13- LA ANCIANA Y SU GATO*
- 14- LAS TRES CABRITILLAS*
- 15- LEILA Y EL LOBO*
- 16- HUDAYDÓN*
- 17- LA JARRA DE ORO*
- 18- YUBENE*
- 19- EL GENIO (JIN) DE LA HOSPITALIDAD*
- 20- SBEA*
- 21- LA HIJA DEL LEÑADOR*
- 22- WARD AWRAD DAQQÚSH*
- 23- LA LIBRA (Balanza de la justicia)*
- 24- EL DIABLO VIEJO Y EL DIABLO JOVEN*
- 25- MENTIRA DE PRINCIPIO A FIN*

26- EL NOMBRE MÁGICO (El nombre sagrado)

27- LOS DOS HERMANOS GEMELOS

28- UN JUEZ ASTUTO

29- UNA RESPUESTA SABIA

30- EL VERDADERO AMIGO

JOHA Y LA MANTEQUILLA

Cuando era muy joven, su madre un día lo envió al mercado a buscar un poco de sal y también un poco de mantequilla clarificada o *semneh*. Ella le proveyó de un plato para la mantequilla y dio por sentado que el tendero le pondría la sal en un pedazo de papel.

Al llegar a la tienda, el muchacho le entregó el recipiente con el fin de que le pusiera la mantequilla en él. Luego le dio la vuelta para que el tendero le colocara la sal en el otro lado.

Al llegar a casa dijo:

- Aquí está la sal.
- Pero, hijo mío -dijo la madre-. ¿Dónde está la mantequilla?
- ¡Aquí! -respondió Joha al tiempo que daba la vuelta al plato.

Por supuesto, que la sal se perdió de la misma forma que antes la mantequilla.

JOHA Y LOS BURROS

Cuando Joha creció y tuvo edad de trabajar para ganarse la vida se convirtió en portador de burros.

Un día, estando a cargo de doce burros empleados para llevar tierra a la ciudad, se le ocurrió que antes de partir con los animales cargados debía de contarlos. Tras terminar de hacer el recuento, los llevó a su destino y los descargó.

Se montó entonces en uno de los burros e iba a regresar cuando se dio cuenta de que le faltaba uno de los animales. De inmediato desmontó y colocó a los burros, quedando asombrado y aliviado en gran medida al encontrar allí los doce.

Entonces volvió a montar y partió nuevamente, preguntándose mientras cabalgaba en la manera en que había perdido antes aquel burro.

De repente, una sospecha iluminó sobre él pues posiblemente la segunda vez, había contado de forma defectuosa. Por lo que volvió a contar, para darse cuenta de que tan sólo once marchaban por delante suyo. Terriblemente desconcertado, volvió a bajar de la criatura sobre la

que viajaba y deteniendo al resto de burros, hizo un nuevo recuento. Quedó perplejo al encontrarse que de nuevo estaban allí los doce.

Así estuvo, absorto contando y recontado los burros, tratando de resolver aquel misterio, hasta que su amo, sorprendido por aquella larga ausencia, llegó y se lo desveló.

JOHA Y LA OVEJA

Un día Joha le dijo a su esposa:

- Querida... ¿por qué no compramos una oveja gorda?

Ella dijo:

- ¿Por qué no? Me gusta la idea de tener una oveja en casa.

Le dijo Joha:

- Muy bien mujer, voy a ir al pueblo a comprar una oveja.

Fue Joha al pueblo y buscaba y buscaba a alguien que pudiera indicarle un lugar donde vendieran ovejas y vio a un hombre y le dijo:

- ¿Me puede decir dónde venden ovejas?

Le dijo el hombre:

- Sí... yo vendo ovejas. Venga conmigo a mi casa y te enseñaré mis ovejas.

Le dijo Joha:

- Está muy bien.

Fueron los dos y vieron las ovejas y le dijo Joha:

- ¿Cuánto cuesta esta oveja?

Le dijo:

- Cincuenta dirham.

Le dijo Joha:

- La compro.

La compró Joha y los hombres del pueblo decían:

- El loco Joha compró una oveja. Vamos a robarla.

Decía el uno al otro:

- Pero... ¿cómo podemos robarla?

Uno de ellos decía:

- Miren, yo sé cómo Joha me va a dar la oveja.

Le dijeron:

- ¿Cómo te la va a dar?
- Sólo miren... pero necesito que me ayuden y repitan conmigo.

Fueron donde Joha y le dijo el primero:

- Esto no es una oveja, Joha, es un perro.

El otro le dijo:

- ¿Por cuánto compraste el perro?

El otro:

- Compraste el perro para ladrar a los ladrones.

Les dijo Joha:

- ¡Basta! Les digo que no es un perro, es una oveja.

Pasó un policía y le preguntaron si ese animal era una oveja o un perro.

El policía les dijo:

- Pellizquemos al animal. Si dice: “Vaaaa... vaaaa”, es una oveja y si dice: “Gua, gua, gua”, es un perro.

Pellizcó Joha y dijo:

- “Vaaaaa, vaaaaa”.
- ¡Ah! -dijo Joha-, es una oveja.

Y le dijo el policía:

- Sí Joha, es una oveja.

Y así termina el cuento de Joha y la oveja.

JOHA Y EL CAZO

Un día Joha pidió prestada una gran cazuela de cobre a un vecino para usarla él en su casa.

Al día siguiente se la devolvió junto a otro cazo muy pequeño pero bastante nuevo.

- ¿Qué es esto? –preguntó el dueño sorprendido.
- Su cazuela dio a luz otro joven, durante la noche –respondió el gracioso.

A pesar de la incredulidad del otro hombre, Joha se mantuvo en su afirmación, negándose a retirar el cazo pequeño en razón de que el joven pertenecía a su madre y a los dueños de la madre. Además, consideraba que era cruel separar a un niño tan pequeño de su madre.

Después de protestar su vecino, y creyendo que estaba loco, resolvió con humor quedarse con el cazo pequeño, atónito por el capricho del gracioso.

Pero ocurrió que algunos días más tarde, vino Joha y volvió a pedirle prestada la cazuela grande y valiosa. Esta vez no la devolvió. La llevó a la ciudad, donde la vendió.

Cuando el dueño fue a donde Joha a reclamarla, el bribón le dijo que lamentaba su imposibilidad de devolverla, pues inesperadamente el utensilio había muerto y había sido devorada por las hienas.

- ¡Qué! –exclamó enojado el propietario-. ¿Te parece que soy tan tonto como para creerme eso?
- Bueno, amigo mío –fue la respuesta-. Cosas maravillosas suceden a veces. Usted fue persuadido y creyó que su cazuela, por ejemplo, dio a luz a un joven, pues ahora no debe parecerle extraño que una cazuela adulta pueda morir de vieja.

En aquellas circunstancias el argumento parecía incontestable.

Después de buscar por casa de Joha, la cazuela ya no pudo ser encontrada.

JOHA Y SUS VECINOS

Los vecinos de Joha, indignados con sus prácticas y bromas, juntaron sus seseras. Lograron persuadir al bromista para que les acompañara a una parte solitaria de la costa. Cuando estuvieron allí le dijeron que iban a ahogarle a menos de que hiciese un solemne juramento de dejar de hacer de sus travesuras y “comer sal”, hacer un pacto con ellos.

- No me atrevo a “comer sal” con ustedes –contestó el bribón. No me atrevo a “comer sal con vosotros” porque tengo un pacto y he comido sal con el *yinn*.
- ¿No vas a romper el pacto, para beneficiarte? Te vamos a atar a este árbol hasta media noche y a menos que cambies de opinión y comas sal con nosotros; después te ahogaremos.
- Peor para vosotros –dijo Joha.

Joha se estrujó los sesos para idear alguna forma de escapar. Grande su alegría cuando al atardecer vio, a lo lejos, un pastor con un rebaño de ovejas. Llamó al pastor y lo persuadió para que lo liberase.

Cuando fue preguntado por el motivo de haberlo dejado allí de aquella manera, el respondió que lo habían hecho por negarse a comer azúcar.

El pastor parecía asombrado, porque a él mismo le gustaba el azúcar. Joha entonces le propuso que siendo así tomara su lugar.

El inocente pastor, con la esperanza de tomar aquel azúcar accedió y después de intercambiarse la ropa y de enseñarle Joha su forma de hablar, el pastor quedó sujeto al árbol, mientras que Joha se comprometió a hacerse cargo del rebaño y a llevarlo a cierta cueva, esperando allí hasta que regresara el pastor. Así logró escapar.

A toda prisa regresaron y debido a la oscuridad de la noche, al silbido del viento, el sonido de las olas y el hecho de que el pastor imitaba el tono de voz de Joha, nunca sus enemigos sospecharon de la artimaña y cuando el pobre pastor dijo que comería azúcar con ellos, lo lanzaron al mar.

Grande fue la sorpresa y terror de sus enemigos, cuando tres días más tarde, lo vieron marchando alegremente, seguido de sus ovejas. Ellos se aventuraron a acercarse y le preguntaron cómo había escapado del mar y de dónde había sacado aquellos animales.

- Os lo dije. Tengo un pacto con el *yinn*. Si hubiera comido sal con vosotros me habrían tratado de traidor y me habrían hecho enfermar gravemente. Pero de esta manera, no sólo me salvó la vida, sino que me dio este rebaño como recompensa por mi lealtad.

Los enemigos de Joha estaban muy impresionados por cuanto les relató y le pidieron perdón por cómo le habían tratado en el pasado. A continuación, humildemente le preguntaron de qué manera podrían entablar ellos también amistad con el *yinn*.

Joha les aconsejó encarecidamente que deberían saltar a la medianoche del mismo día de la semana, ya que habían tratado de ahogarlo y desde la misma roca de la que había sido arrojado.

Ellos desaparecieron de la aldea poco después y nunca fueron vistos de nuevo.

EL INCENDIO

Había una vez un hombre que vivía con su familia, incluida su suegra que estaba postrada en una cama.

En un mal día, la casa de dos plantas se incendió y el desafortunado inquilino hizo todo lo posible por salvar su propiedad y sus enseres. Así empezó a lanzar objetos desde las ventanas del segundo piso. Mientras miraba alrededor para ver si encontraba algo que mereciera la pena salvar, se encontró a su suegra acostada en un rincón. La cogió en brazos y la dejó también en la calle.

Después cogió la cama de su suegra y la llevó con suavidad, bajándola por las escaleras.

Al salir por la puerta, uno de los vecinos le preguntó qué era aquello que llevaba con tanta ternura.

- La cama de mi suegra -respondió.
- ¿Y dónde está la señora? -le preguntaron varios.
- ¡Oh! -dijo desconcertado el yerno-. Yo la arrojé por la ventana para salvarle la vida.

EL BURRO CANTADOR

En un amanecer, el gallo con sus alas fuertes, se paró en un tejado y empezó a gritar:

- ¡Kukuruuuuu, kukuruku!

Abrió los ojos grandes el burro y golpeó el piso con fuerza y dijo rabiosamente:

- ¡Cállate!, pedazo de gallo, ¡qué hábito tienes cada mañana de despertarnos con esa voz muy fea! Interrumpiste mi sueño....

Se puso rojo el gallo y muy bravo, tomo aire y le dijo al burro:

- Burro, ¿qué estuviste soñando que empezaste a gritar como un burro?

Soñé un sueño hermoso, que esta granja tenía muchas luces y todos los animales de la granja estaban sentados alrededor de mí: el pato, el perro, tú y tus gallinas y mi hijo burrito, pero yo estuve arriba en el tejado con una cadena de flores en el cuello y estuve cantando por el día del cultivo y todos ustedes disfrutando de mi música.

Se rió y rió el gallo de ese sueño.

- Hhahahahha...

Le miró el burro y paró sus oreja como un once (11) y le dijo al gallo:

- ¿Por qué te ríes? Pedazo de gallo con voz fea.... tienes que tener un límite conmigo, yo soy un cantante... todos los que me escuchan bailan....

Con esa sonrisa escondida le dijo el gallo al burro:

- Canta y veremos...
- Vas a ver –contestó el burro

Movió el cuello el burro y movió sus dos orejas como un ventilador, cerró los ojos y respiró.... y empezó a rebuznar y rebuznando... y no sabían cómo callarlo.

El pato buscó una laguna cerca para esconder su cabeza y no escuchar aquella voz fea. El perro se fue al cultivo de la cebolla a sacar dos para taparse los oídos. El burrito enterró las puntas de sus orejas en el hueco de la oreja para no escuchar a su papá y el gallo con sus gallinas se enterraron en el corral de pajas.

De repente.... corrió el propietario de la finca hacia el burro y le dijo:

- Shuuuuu.....shuuuuu.....

Abrió los ojos el pobre burro pensando ver a sus amigos bailando y lo que vio a su propietario diciéndole: shuuu....

El pobre burro se calló y se fue a su corral a descansar.

Y este cuento se ha acabado!!!!!!!!!!!!!!

EL ZORRO Y EL POZO

Una vez en que un zorro estaba muy sediento, encontró un pozo con dos cubos; uno a cada extremo de una cuerda, fijada a una polea.

Se sentó en uno de los cubos y así descendió al fondo del pozo y bebió.

Cuando llegó la hiena al pozo, se asomó y vio al zorro, así como el reflejo de la media luna en el agua, y dijo:

- ¿Qué estás haciendo?
- He comido la mitad de este excelente queso –contestó el zorro–; ¿es que no bajas a comer el resto?
- Sí bajaría, pero no sé cómo hacerlo –contestó la hiena.
- Es muy simple –contestó el astuto zorro–; siéntate en el otro cubo.

La hiena hizo lo que el zorro le dijo, y siendo más pesada, fue al fondo del pozo, mientras que el zorro consiguió así salir.

LA GALLINA Y LA ESPIGA DE TRIGO

Había una gallina que vivía en una granja con sus amigos: el perro, el gato y la garza...

Un día encontró la gallina un grano de trigo y dijo:

- Con este grano, si lo siembro puedo hacer pan... pero necesito a alguien que me ayude a sembrarlo...

Les pidió a sus amigos que le ayudaran a sembrarlo pero ellos empezaron a buscar excusas para no ayudarla... y dijo:

- Está bien, lo sembraré yo sola...

Y cuando llegó la cosecha del trigo; el perro, el gato y la garza empezaron a buscar otras excusas para no ayudarla y la pobre gallina, sola sin que nadie la ayudara cosechó sola... molió el trigo y pidió ayuda para hacer el pan, pero ellos, como siempre buscaban algunas excusas.

Cuando hizo el pan y salió del horno, el olor del pan llenó la granja... y el perro dijo:

- ¡Qué olor más lindo!

El gato dijo:

- Ese olor me sabe a pan salido del horno.

Y la garza dijo:

- Ese olor viene de casa de la gallina.

Fueron los tres: el perro, el gato y la garza a casa de la gallina y le dijeron:

- Gallinita linda... ¿qué nos hiciste de comer?

Les dijo la gallina:

- ¡Y tienen el descaro de decirme qué hice de comer! Ninguno de ustedes me ayudaron a sembrarla, ni a cosecharla, ni a molerla, ni me ayudaron a hacer el pan y ahora me dicen: ¿qué nos hiciste de comer? Por ser ustedes muy egoístas y no ayudarme en nada, este pan me lo voy a comer sola...

Y la gallina se comió ese pan ella sola y sus amigos con una pena de no haberle ayudado.

EL BURRO Y EL BUEY

Un hombre tenía un burro al que apenas le hacía trabajar, pero le daba bien de comer y también tenía un buey al que fatigaba trabajando, para recibir el mismo sustento.

Así que un día, el buey se quejó de su situación al burro y le pidió sus sabios consejos:

- Haz creer que estás enfermo –dijo el burro–; y no comas el grano. Cuando nuestro amo se dé cuenta de la situación, te dispensará cuidados y te dará cuanto necesites.

El buey siguió los consejos y en los días siguientes las cosas fueron tal y como el burro inteligente había predicho. Pero había una cosa que el burro no había previsto. Como el propietario no podía dejar su trabajo sin hacer, enganchaba el arado al burro y lo tenía todo el día trabajando.

Esa noche el buey se encontró al burro abatido y cuando le preguntó la razón, el burro contestó:

- Amigo, he oído decir a nuestro dueño, que si no te recuperas pronto, tendrá que matarte para que no te eches a perder. Te aconsejo por lo tanto, que vuelvas a trabajar y a comer su grano como de costumbre.

EL BURRO DE MI TÍO KARIM

Karim era un agricultor muy activo. Le gustaba trabajar mucho en la tierra, también lo ayudaban sus tres sobrinos en el cultivo, y tenía tres burros: uno para el tío Karim y los dos burros que faltan eran para dos de sus hijos. El sobrino siempre le pedía a su tío que le comprara un burro porque cada uno de los otros tenían burros y el no... Le dijo el tío Karim a su sobrino:

- Hoy te comprare un burro y lo vas a cuidar y no te olvides de que ese animal trabaja peor que un agricultor, se lleva todo el peso en su espalda y el pobre animal no dice una sola palabra...
- Claro que no... tío -le dijo el sobrino-. Él no puede hablar ni tan sólo una palabra, ¡si es un animal! Tan sólo sabe decir: “yyyyaaaayyy” , “aaaayyyyaaaa”

Le dijo el tío Karim:

- Tú me vas a enseñar qué hacen mis burros...

Tomó el dinero el tío Karim y fue a comprar el burro...

Le dijo el tío Karim al vendedor:

- Quiero un burro fuerte, robusto y activo.
- Aquí está lo que necesitas -le dijo el vendedor
- ¿Y cómo voy a saber si lo que te pedí lo tiene este burro? - dijo el tío Karim.

Le dijo el vendedor:

- Yo conozco a todos mis burros y lo que necesitas del burro está en este burro...
- Voy a probar el burro un día -dijo el tío Karim-, si lo que quiero lo tiene este burro, lo compro, si no.....buscaré otro.

Se rió el vendedor y le dijo:

- De acuerdo pero sólo un día.

Se montó el tío Karim encima del burro y se fue camino a casa.

En el camino habló con el burro y le dijo:

- En la casa te esperan tres burros: uno de ellos trabaja mucho, el segundo sabe los caminos muy bien... no se pierde... Pero el tercero, pero qué burro... nunca en mi vida vi a un burro así, más flojo que una cuerda cuando la quieres para de puntas arriba. Sólo le gusta comer beber agua y dormir...

Llegó a casa el tío Karim y le dijo al burro:

- Aquí están tus compañeros pero te voy a dar un consejo querido burro: quédate con el primero que es un buen animal y trabajador o el segundo pero no te acerques al tercero.

Entró el burro en el corral y se sentó al lado del burro flojo. Dijo el tío Karim:

- Los dejaré y seguro pensará y va a darse cuenta que lo que le dije es cierto sobre ese burro flojo.

Los dejó unos veinte minutos y los encontró dormidos los dos juntos.

Le dijo el tío Karim:

- ¡Párate, párate! que te voy a devolver a tu dueño...

Se montó en lomo del burro y fue a donde el vendedor de burros y le dijo al vendedor:

- ¡Usted me mintió! Me dijo que este burro tenía todo lo que yo necesitaba.
- Cómo sabe que lo que necesita no está en el burro. Si no hace dos horas que lo llevó –le dijo el vendedor.

Le dijo el tío Karim:

- Todo el camino yo le estaba explicando que tenía a un burro flojo en la casa y cuando llegué allí, lo mandé al corral se sentó a su lado, comieron y durmieron... y yo camino con el dicho: “con quién caminas y te diré quien eres” y este burro no me sirve...

Salió el tío Karim del negocio... y pasó meses y meses buscando al cuarto burro.

ABU IBRAHIM Y LA VIEJA

- Era, ¡y cuántas veces fue! ¡Oh, en la antigüedad del tiempo!
¿A dormir o a contar?
- ¡A contar!
- ¡Vamos a contar!

Había una vieja que vivía sola. Esta mujer trabajaba de partera. En la casa tenía un gato al que quería mucho y se llamaba Abu Ibrahim. Y fue ella misma la que le había dado ese nombre: Abu Ibrahim. La mujer se pasaba el día entero hablándole al gato, y el gato le hacía caso a todo lo que le decía:

- ¡Abu Ibrahim, ven aquí!

Y el gato venía.

- ¡Abu Ibrahim, come!

Y él se sentaba a comer.

Abu Ibrahim era para ella como su hijo. Ella se iba por la noche o se iba por el día por su trabajo, porque trabajaba de partera –pues la partera no tiene horas fijas ni horarios–.

Un día entre los días fue a visitarla a su casa una prima suya, y cuando llegó a su casa, la mujer le dijo:

- ¡Bienvenida, bienvenida! ¿Cómo estás?

Las dos mujeres se sentaron a pasar el rato mientras comían pepitas y frutos secos. Entonces llamaron a la puerta buscando a la partera.

- ¡Por Dios, ven a nuestra casa que hay un parto ahora mismo!

Y como tenía esta visita, ¿qué podía hacer?

Entonces le dijo:

- No te preocupes, estás en tu casa. Yo me voy, atiando el parto de mi vecina y luego vuelvo. Aquí tienes las pepitas para entretenerte y tienes a Abu Ibrahim para que te entretenga.

La prima se quedó con Abu Ibrahim, y estuvo todo el rato comiendo pepitas, mientras miraba al gato que estaba sentado en frente de ella mirándola también. Y cuando se aburrió de comer pepitas, se puso a hablar con el gato y le dijo:

- ¿Quieres comer pepitas Abu Ibrahim?

Y le dijo:

- No, porque no tengo dientes.
- ¿Cómo que no tiene dientes?, ¿este gato está hablando? ¡Dios mío, pero si los gatos no hablan!

Y se asustó tanto que perdió el sentido y se cayó al suelo.

Cuando llegó la dueña de la casa:

- ¿Dónde estás fulana?

Y empezó a llamarla y se la encontró tirada en el suelo y sin sentido y la despertó.

- ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Y le dijo:

- Esto y esto es lo que me ha pasado. Estaba hablando con el gato, entreteniéndome con él, y cuando le digo: “Abu Ibrahim come pepitas”, me dice “no, no tengo dientes” ¿Pero cómo es que habla tu gato, mujer?

Y se pusieron a buscar al gato, lo buscaron, lo buscaron, pero ni rastro, no lo encontraron. Entonces la partera se enfadó muchísimo y se puso muy triste –o sea, como si hubiera perdido a su propio hijo-. Y le dijo a su prima:

- ¡Tú tienes la culpa de que se haya perdido! ¡Tú lo habrás matado!

Y le dijo:

- ¡Por Dios, pero si yo no le he hecho nada! ¡Fue decir una palabra y desaparecer el gato!

Pasaron los días, pasaron los años y la partera nunca encontró a su gato. Y después de unos años, llamaron a la puerta por la noche.

- ¿Quién?

Y le dijeron:

- No tengas miedo, somos parientes de Abu Ibrahim. Te traemos ajos y cebollas.

- ¿Ajos y cebollas?

Y abrió la puerta, pero no encontró a nadie –claro, Abu Ibrahim era un yinn (genio) con forma de gato, y cuando le hacía compañía a la prima de la partera, en el momento que ésta lo descubrió, el gato desapareció de la vida de la partera y volvió en otro tiempo y con otra apariencia y siguió queriendo a la mujer-. Y cuando abrió la puerta –¿qué se encontró?– pues los ajos y cebollas que se habían convertido en oro y plata.

Abu Ibrahim había dejado toda su fortuna y todo lo que tenía a la partera, por lo bien que lo había tratado y lo que lo había querido. Así que esta mujer se hizo muy rica, y de ser una mujer pobre pasó a ser la más rica de la región. Y todo el mundo preguntaba:

- ¿Por qué se ha hecho tan rica esta mujer?

Y decían:

- ¡Por la herencia de Abu Ibrahim!

- ¿Y quién es Abu Ibrahim?

Y le contaba la historia a toda la gente.

¡Mora, mora, se acabó mi cuentecito que no es feo y sí es bonito!

LA ANCIANA Y SU GATO

Había una vez una vieja que tenía un gato. Un día trajo leche a casa, pero el gato se la bebió. Entonces se sintió enojada y le cortó la cola.

- ¡Miau! ¡Miau! –exclamó. Devuélveme la cola.
- Devuelve mi leche –exigió la anciana.
- ¿Y cómo voy a traer la leche para ti?
- Tráela de esa oveja que hay allá.

El gato fue donde la oveja y le dijo:

- Oveja, dame un poco de leche y la leche se la daré a la vieja y así me coserá la cola de nuevo.
- Tráeme una rama de aquel árbol y te daré la leche.

Así que fue a donde el árbol y le dijo:

- ¡Oh, árbol! Dame una rama para la oveja y la oveja me dará un poco de leche y dándole la leche a la vieja, me coserá mi cola de nuevo.
- Ve y dile al labrador que are debajo de mí.

Entonces el gato fue y le dijo:

- ¡Oh, labrador! Ven y ara debajo del árbol y el árbol me dará una rama para la oveja, y la oveja me dará leche para la anciana y así la anciana me coserá de nuevo la cola.
- Tráeme un par de zapatos del zapatero –dijo el labrador.

Se dirigió a donde el zapatero y le dijo:

- ¡Oh, zapatero! Dame unos zapatos. Los zapatos son para el labrador, para que are debajo del árbol y el árbol me dará una

rama y la rama será para la oveja y la oveja me dará leche y la leche será para la vieja, y la vieja luego me coserá de nuevo la cola.

- Tráeme dos hogazas de pan de la panadera –respondió el zapatero.

Entonces, el gato fue a donde la panadera y le dijo:

- Dame dos hogazas de pan para el zapatero y el zapatero me dará unos zapatos y los zapatos son para el labrador, y el labrador arará debajo del árbol y el árbol me dará una rama, y la rama es para la oveja y me da dará un poco de leche; la leche es de la vieja y la vieja luego me va a coser la cola de nuevo.
- Tráeme un cubo de abono de esa pila de allá –dijo la panadera.

Por lo tanto, el gato le dio a la panadera el cubo lleno de estiércol, y ella le dio dos hogazas de pan. Tomando el pan, lo dio al zapatero y el zapatero le dio los zapatos, que le dio al labrador, que aró bajo el árbol. El árbol a continuación le dio una rama, que le dio a la oveja, que le dio la leche. Tomando la leche con él, se fue corriendo donde la vieja.

- ¡Miau! ¡Miau! –exclamó. ¿Por qué no me coses la cola de nuevo?

La vieja tomó la leche y cosió de nuevo al gato su cola, y volvieron a ser amigos.

El pájaro de esta historia ha volado. ¿Estás listo para la próxima?

LAS TRES CABRITILLAS

- Era, ¡y cuántas veces fue en la antigüedad del tiempo! ¿A dormir o a contar?
- ¡A contar, a contar!
- Os voy a contar un cuento que se llama “Las tres cabritillas”.

Había una cabra que tenía tres cabritillas. Una se llamaba Alia, otra Rabab y la otra Yamile. La madre iba todos los días a traerles la comida y tenía mucho miedo del lobo. Y un día les dijo:

- Cuando vuelva voy a llamar a la puerta y os voy a cantar una canción para que sepáis que soy yo.
- ¿Qué canción?

Y les dijo:

- ¡Oh Alia, oh Rabab,
Oh, Yamile, abridme ya!
Traigo leche en mis pechos,
y hierba sobre mis cuernos.
¡Abridme, hijas mías, la puerta ya!

Claro, las cabritillas se aprendieron la canción y siempre que volvía su madre y les cantaba, le abrían la puerta y entraba. Una vez, cuando la madre les cantaba a sus hijas la canción, el lobo la oyó. Y al día siguiente, llegó y se esperó hasta que la madre salió a traerles la comida. Entonces se acercó y empezó a cantar:

- ¡Oh Alia, oh Rabab,
Oh, Yamile, abridme ya!

Traigo leche en mis pechos,
y hierba sobre mis cuernos.
¡Abridme, hijas mías, la puerta ya!

Pero cuando le oyeron aquella voz tan ronca, le dijeron:

- Tu voz es muy ronca, tú no eres nuestra madre, eres el lobo mentiroso. ¡Vete que no te vamos a abrir!

¿Qué podía hacer? Claro se fue a preguntarle a un amigo y él le aconsejó que comiera crema de sésamo o azucarillos, para que su voz fuera más dulce y suave.

Y se fue, se lo comió y volvió a la casa de las cabritillas, tocó la puerta y les cantó:

- ¡Oh Alia, oh Rabab,
Oh, Yamile, abridme ya!
Traigo leche en mis pechos,
y hierba sobre mis cuernos.
¡Abridme, hijas mías, la puerta ya!

Claro al escuchar oyeron que la voz era tan dulce como la de su madre, pero para estar más seguras le dijeron:

- Enseña la pata por debajo de la puerta, si es blanca es que eres nuestra madre, pero si es negra es que eres el lobo mentiroso.

Cuando el lobo enseñó la pata por debajo de la puerta, vieron que era negra y le dijeron:

- ¡Vete, eres el lobo mentiroso y no te vamos a abrir!

Entonces se fue, se embadurnó las patas con crema de sésamo y volvió a cantarles:

- ¡Oh Alia, oh Rabab,
Oh, Yamile, abridme ya!
Traigo leche en mis pechos,
y hierba sobre mis cuernos.
¡Abridme, hijas mías, la puerta ya!

Y le dijeron:

- Enseña la pata por debajo de la puerta.

Y les enseñó la pata por debajo de la puerta y cuando vieron que era blanca, le abrieron la puerta creyendo que era su madre. Entonces el lobo las cogió y se las llevó a su casa para comérselas en la cena.

Cuando la madre cabra llegó, se encontró que la puerta de la casa estaba abierta, entró, las llamó, y las buscó por todas partes, pero no encontró a sus hijas. Entonces se dio cuenta de que el lobo era el que se las había comido o se las había llevado. Y se fue a la casa del lobo, se subió a la terraza y empezó a bailar *debke*. Y el lobo le dijo:

- ¿Quién baila *debke* en nuestra terraza?
que se mueven los ladrillos de la casa.
Si se cae una piedra, la cabeza me va a romper,
y me van a hacer pasar la noche sin comer.

Y le dijo:

- Soy la cabra cabrita,
la de los cuernos de hierro.
El que a mis hijas ha robado,
que salga a pelear al campo.

Y le dijo:

- No he sido yo, no he sido yo, ha sido mi hermano.

Así que la cabra se fue a la casa del lobo, se subió a su terraza y se puso a bailar *debke* en la terraza. Y dijo:

- ¿Quién baila *debke* en nuestra terraza?
que se mueven los ladrillos de la casa.
Si se cae una piedra, la cabeza me va a romper,
y me van a hacer pasar la noche sin comer.

Y le dijo:

- Soy la cabra cabrita,
la de los cuernos de hierro.
El que a mis hijas ha robado,
que salga a pelear al campo.

Y como el lobo era muy fuerte, salió al campo a luchar con la cabra. Pero, la cabra corneó la tripa del lobo con sus cuernos de hierro y lo mató. Y fue, se llevó a sus hijas a la casa, les cantó y les dio de comer lo que había traído para ellas. Luego les volvió a repetir que no le abrieran la puerta a nadie a no ser que estuvieran totalmente seguras de que era su madre la que venía.

¡Mora, mora se acabó mi cuentecito que no es feo y sí es bonito!

LEILA Y EL LOBO

(El lobo bondadoso y la caperucita roja malvada)

La historia del lobo y la caperucita roja contada por el nieto del lobo.

Mi abuelo era un lobo bueno y agradable, él detestaba la depredación y comer carne, por lo que decidió ser vegetariano.

Solamente se alimentaba de vegetales, dejando de lado las carnes, sólo comía hierbas y hojas.

Había una vez una niña malvada, llamada Leila, que vivía con su abuela en un bosque.

Leila solía salir todos los días rumbo al bosque, destrozaba las flores, las hierbas, los vegetales que eran el alimento de mi abuelo y arruinaba el hermoso paisaje.

En vano fueron los esfuerzos de mi abuelo tratando de hablarle, una y otra vez con el fin de evitar que la niña cometiera estos actos, pero ella no le prestaba oído a sus peticiones y hacía todo lo contrario, siguió maltratando las hierbas y las rosas a diario.

Ante la desesperación de mi abuelo, al no poder convencerla, decidió visitar a la abuela de Leila en su casa, para informarle de las maldades que hacía su nieta.

Mi abuelo, el lobo, tocó la puerta y la abuela de Leila le abrió, pero al verlo tomó un garrote y atacó sorpresivamente a mi pobre abuelo, antes de que él pudiera hacer algo o pronunciara alguna palabra.

La agresión de la vieja abuela continuó contra mi pobre e inocente abuelo, quien por el miedo, el terror y la impotencia que sentía, quiso defenderse y empujó a la abuela apartándola, pero en eso cayó al suelo golpeándose la cabeza contra el borde de la cama y murió.

Cuando mi abuelo, el lobo bondadoso, se dio cuenta, se puso muy triste y quedó afectado profundamente por lo sucedido.

Lloró muy afligido de dolor, preocupado por la niña y de cómo ésta iba a vivir sin su abuelita y de cuánta tristeza y lágrimas le iba a causar. Se le partía el corazón al pensar en la niña.

Finalmente considerando sus sentimientos, se le ocurrió ocultar el cuerpo de la abuela, vestirse con su ropa, disfrazarse y tomar su lugar. Así podría ilusionar a la niña compensándole el cariño por la pérdida y fallecimiento de su abuela.

Cuando Leila volvía del bosque a la casa, mi abuelo inmediatamente se acostó en la cama disfrazándose con la ropa de la abuela.

Pero la malvada Leila se dio cuenta que la nariz y las orejas de su abuela estaban inusualmente muy grandes y pensó que sus ojos se parecían a los ojos de mi abuelo el lobo. Entonces descubrió el disfraz de mi abuelo.

La malvada Leila abrió la puerta y salió corriendo hacia el bosque, difundiendo desde aquel entonces entre la gente, que mi pobre abuelo era malvado y que comió a su abuela y también trató de comerla a ella.

Este es el otro punto de vista que nunca habíamos escuchado sobre la historia de Leila y el lobo.

HUDAYDÓN

Estos eran tres hermanos, Hudaydón, Turaybón y Nujaylón (hierro, tierra o polvo y salvado o paja). Un día entre los días iban caminando por el campo cuando se encontraron con una gula (ogresa) que estaba sentada. Y la gula les preguntó:

- ¿A dónde vais por aquí?
- Pues nada, estamos dando un paseo para tomar un poco el aire –le contestaron.
- ¿Y por qué no venís a mi casa? Si venís, os sentaré a mi mesa y os daré de comer –dijo la gula.

Y los muchachos le dijeron:

- No, no, es que tenemos mucha prisa.

Pero enseguida se escondió el sol y la gula les preguntó:

- ¿Y dónde vais a dormir?

Entonces Judaydón le contestó:

- Yo quiero una casa de hierro. ¿Por qué no me haces una casa de hierro?

Y Turaybón le dijo:

- Pues a mí me haces una casa de barro.

Y Nujaylón le dijo:

Y la ogresa le dijo:

- Mira que me echo un pedo y te tiro la casa abajo –le volvió a decir la gula.
- Pues échatelo.

Y fue echarse el pedo y venirse la casa abajo. ¡Pobrecillo! Después entró la ogresa y se lo comió. ¿Y quién quedaba? Pues quedaba Hudaydón, y allá se fue. Y le dijo:

- Hudaydón!
- ¿Qué quieres? –le preguntó él.
- Hay una boda en casa de mi hermano, están guisando y hay de todo. ¡Hala, vamos tú y yo! –le dijo la gula.

Y él le contestó:

- Bueno. Pero tú te vas por la senda corta y yo me voy por la larga. No quiero ir contigo. Cada uno se va por su camino –le dijo Hudaydón.
- No, no, yo quiero que vayamos juntos –le dijo la ogresa.
- No –volvió a decirle Hudaydón.

Y entonces le dijo la ogresa:

- Pues me empiezo a echar pedos hasta que se venga abajo tu casa.
- Pues échate los pedos que quieras –le contestó Hudaydón.

La ogresa empezó a tirarse un pedo, y otro, y otro, y otro, pero como la casa era de hierro, lo único que le hizo fue un raspón muy pequeño.

En esas entremedias, Hudaydón se echó colonia, se puso un traje y se fue. Cogió el sendero largo y la ogresa el corto, hasta que llegaron a la boda. Y allí Hudaydón se fue a donde estaban todos los muchachos. Y la gula cambió su apariencia. ¿Y en qué se convirtió? Pues en una perra, y se fue a donde estaban todos los perros. Pero Hudaydón la reconoció enseguida, así que trajo una horca y, mientras ella comía, le empezó a pinchar, a pinchar, hasta que le dio en un ojo y la dejó tuerta.

Entonces Hudaydón volvió corriendo a su casa y llegó antes que la ogresa. Al rato llegó la gula y le dijo:

- Hudaydón.
- ¿Qué quieres? –preguntó.
- Si hubieras ido conmigo a la boda que hay en casa de mi hermano, hubieras comido carne, arroz, y te lo habrías pasado bien –le dijo la ogresa.
- ¡Que Dios te maldiga, mujer! Pues claro que he estado en la boda, y allí bailé *debke*, canté, comí carne, ah, y te pinché con la horca en un ojo –le dijo Hudaydón.

Y de la rabia, la ogresa empezó a morderse un dedo hasta que se cortó, y luego se fue. Pero al rato volvió y le dijo:

- Hudaydón.
- ¿Qué quieres? –contestó.
- Levántate, que hay una fiesta en casa de mi hermano. Y sé que no quieres que vayamos juntos, pero tú puedes ir por el sendero corto y yo iré por el sendero largo.

Y la ogresa se fue. Hudaydón se puso en camino y se fue a la fiesta también. En cuanto llegó, se subió a una higuera. Luego llegó la ogresa y se quedó debajo de la higuera dando vueltas. Entonces Hudaydón empezó

a comer higos y a tirárselos a la ogresa, mientras ella gruñía de la rabia allí abajo. Luego bajó, salió antes que la gula y volvió a su casa.

Al rato llegó la ogresa y dijo:

- Hudaydón.
- ¿Qué quieres? –dijo él.

Y la ogresa le dijo:

- Si hubieras ido a la fiesta de mi hermano, habrías estado en el jardín comiendo higos y uvas, y esto y lo otro.
- ¡Que Dios te maldiga, mujer! Pues claro que he estado allí, y he comido de todo. Y era yo también el que estaba en lo alto de la higuera tirándote higos.
- ¡Uyyyyy! –gruñó la ogresa de la rabia.

Y le dijo:

- Pues ahora te vas a enterar, me voy a empezar a echar pedos hasta tirarte la casa abajo.

Y empezó a echar un pedo, y otro, y otro, y otro. Pero sólo le hizo un raspón muy pequeño a la casa. Entonces Hudaydón trajo un cuchillo grande de esos con los que se corta la carne, lo metió en las ascuas hasta que se puso rojo, rojo, y cuando la ogresa volvió a echarse pedos, le clavó el cuchillo de hierro hasta que la mató.

¡Esta es la jrefiyye que he contado y sobre ti ha volado!

LA JARRA DE ORO

Antes vivía un comerciante, un hombre bueno y humilde, era un hombre que caminaba con la luz de Dios. En un viaje, de sus viajes de negocio encontró una ciudad y pensó en instalarse en aquel lugar. Estaba cansado y su burro también.

Desde la primera vez que vio esa ciudad se enamoró de ella y dijo:

- Me quedaré aquí, en esta ciudad tan linda como el cielo, el sol y la luna.

En su camino encontró a un hombre y le dijo:

- ¿No se vende una casa por aquí cerca?

Y el señor le respondió:

- Sí, aquí cerca.

Entonces fueron los dos, le pagaron al dueño de la casa el dinero y se quedó.

Miraba la casa y decía:

- ¿Por qué no abro esta pared? Así la casa se verá más grande.

Consiguió un hacha y empezó a darle a la pared y después vio que algo de color de oro estaba enterrado dentro de esa pared y empezó a golpear, a golpear y encontró... ¡una jarra de oro llena de oro! Dijo:

- ¡Dios, qué es esto!

Agarró esa jarra y dijo:

- Tengo que devolvérsela al señor que me vendió la casa, porque esa jarra le pertenece.

Fue el comerciante a la casa del señor que se la vendió y le dijo:

- Toma, esta jarra es suya.
- ¿Cómo que es mía? –contestó sorprendido.

Entonces le dijo lo que hizo en la casa y cómo la encontró.

Y el vendedor le dijo al que ahora era dueño de la casa:

- Si la hubieras encontrado antes de vendértela sería mía pero tú la encontraste después de comprarla... es tuya.

Empezaron a discutir... es tuya, no es tuya. El otro decía: es tuya y el otro decía: no, es tuya. Al final fueron a la casa de un hombre mayor, el mayor de la ciudad y le explicaron la historia.

Y dijo hombre mayor:

- Nunca en mi vida vi a dos personas mas honestas que ustedes...

Después les dijo que tenía una idea para poder resolver aquello...

- ¿Tienen hijos los dos?

Y los dos contestaron que sí.

- ¿Usted qué tiene? –le dijo al comerciante.

- Una jovencita muy linda –le contestó.

Y después preguntó al anterior dueño de la casa:

- ¿Y usted qué tiene?
- Un hombrecito muy lindo –contestó.
- Bueno... cansarlos el uno con la otra y darles el oro.
- ¡No es mala idea! –respondieron los dos

El chico vio a la chica y se sorprendió de su belleza y la chica vio al chico y se deslumbró. Se casaron y tuvieron niños y niñas y fueron felices toda la vida...

YUBENE

Era, ¡y cuántas veces fue! ¡Oh, en la antigüedad del tiempo! Este era un rey que tenía una mujer y siete hijos. Su mujer quería tener una hija, así que le pidió a Dios que se la concediera. Y la mujer dio a luz una chica muy guapa, muy guapa, tan guapa que le puso de nombre Yubene, pues era blanca, blanca como el queso.

La chica creció y se hizo muy guapa y empezó a salir a jugar al barrio con las demás chicas. Su madre estaba muy contenta con ella.

Un día entre los días, los hermanos se fueron de caza. Y la criada que tenían le pidió a la madre de Yubene si podía llevar a la chica a una boda que había en otro pueblo. Entonces, la muchacha se vistió y después de rogarle mucho a su madre, le dejó ir. La madre le dio un collar de piedras azules y Yubene se puso el collar, se montó en el camello y cogió los víveres para el viaje, pues duraba como cosa de un mes. Así que se fueron a la boda del hijo del príncipe.

Al poco tiempo de camino, la esclava quiso bajar a la muchacha del camello para subirse ella. Pero Yubene empezó a chillar y a pedir ayuda a las piedras del collar que le había puesto su madre. Y cada vez que la esclava molestaba a la muchacha, ella frotaba las piedras y decían:

- ¡Camina, esclava sarnosa, camina!

Después de andar como diez días, llegaron a un manantial de agua y se sentaron allí para descansar del camino. Yubene le dijo a la esclava que quería beber, y cuando se puso a beber, se le cayeron las piedras. Y aunque trató de sacarlas del agua, ya no pudo, así que se enfadó muchísimo. En el camino la esclava siguió intentando bajar a la chica para

subirse ella, y que Yubene tirara del camello. Y estuvo así hasta que el efecto de las piedras mágicas fue disminuyendo poco a poco, poco a poco, poco a poco, hasta que la voz dejó de oírse y el efecto de las piedras mágicas se perdió. Cuando estaban a una gran distancia, la esclava bajó a la muchacha y se sentó en su lugar, y Yubene empezó a tirar del camello. Luego la esclava pintó a Yubene con tinte negro. Y después de pintarla de negro, se fue a la boda del príncipe. Y como Yubene había quedado tan fea y sucia, la esclava le ordenó que se quedara fuera y ella entró a la boda. Y la esclava, que se había arreglado y pintado, se convirtió en la preferida de la fiesta del príncipe. Mientras que Yubene se quedó en la calle comiendo basura y comida sucia.

Así estuvo hasta que, un día entre los días, el príncipe vio a Yubene nadando en el río que había en el jardín del palacio. Y se quedó extrañado al ver cómo la muchacha, que estaba embadurnada de negro, iba perdiendo el color que la cubría y conforme nadaba, se le caía la pintura. Entonces el príncipe le ordenó que se presentara ante él. Y le dijo:

- Quiero que me cuentes tu historia.
- Mi historia es así y asá: mi madre me dio unas piedras y a esta esclava, que le pidió a mi madre que si podía traerme a la boda, y cuando me traía, por el camino se me cayeron las piedras en el agua. Luego me bajó y me pintó con tinte negro y me dejó en la basura con los criados. Y ahora estaba bañándome y no me había dado cuenta de que estaba tan negra y sucia.

Así que el tinte se le fue a Yubene del cuerpo y el príncipe ordenó que quemaran a la esclava, y se casó con la princesa.

Y vivieron tranquilos y contentos e hijos e hijas tuvieron.

EL GENIO (YINN) DE LA HOSPITALIDAD

Un repartidor de leche, antes de medir un poco de leche para un cliente, se esforzó en invocar el nombre de Alá. El cliente entonces le preguntó por qué lo había hecho.

- ¡Oh! –respondió–. Siempre es mejor nombrar. Nosotros nunca dejamos de hacerlo cuando vamos a poner nuestras manos en cualquier labor o empresa de cualquier tipo.
- Estoy de acuerdo contigo en que siempre debe pedírsele a Dios que bendiga todo lo que emprendemos, pero... ¿qué pasaría, si no tuviéramos esas precauciones?
- Pues que podemos caer en manos del diablo –respondió convencido el campesino.

Entonces le contó esta historia:

“Había una vez un gran jeque árabe que tenía un hijo muy guapo e inteligente. El joven no sólo había sido entrenado en todos los ejercicios viriles en los que destacó de entre su pueblo; como montar a caballo, tiro... sino que también aprendió a leer y escribir en su idioma. Con todos estos logros, no le quedaba nada para completar su educación salvo ver algo de mundo. Su padre le proporcionó una cantidad suficiente de dinero y lo envió a aquel viaje.

Un día, en el transcurso de sus viajes, el joven llegó a una gran ciudad. Apresuradamente buscó un lugar donde colocar la tienda. Dejó a sus siervos con los preparativos mientras él marchaba a visitar por primera vez la ciudad. Le resultó tan atractiva que pasó muchas horas paseando por sus calles, admirando aquello que veía. De hecho, no pensaba regresar a su campamento.

Después de vagar durante algún tiempo mientras oscurecía, llegó a un espacio abierto, sin casas, donde decidió quedarse hasta la mañana, ya que estaba acostumbrado a dormir al aire libre. Él por lo tanto, se envolvió en su *abayeh* y se echó al suelo, diciendo como lo hizo:

- En el nombre de Alá, el misericordioso, el compasivo. Puse mi confianza en Alá y me alegro mucho porque este campo estará protegido por su dueño.

Ocurrió que en otra parte del país, un genio estaba celebrando una boda y había invitado al propietario de aquel campo a las celebraciones. Tuvo que declinar la invitación explicando que tenía un invitado y no sería apropiado dejarlo.

- Llévalo contigo –insistieron sus amigos.
- ¡Eso! –dijo otro.
- No, no puedo hacerlo, porque no sólo se puso bajo mi protección, también pidió la de Alá. Por lo tanto debo velar para no le ocurra ningún mal.

Entonces, dijo el portavoz del otro genio:

- El sultán tiene una hermosa hija a quien ha encerrado en su castillo.

Después le dio el nombre del lugar donde estaba situado el castillo.

- Llévalo allí mientras está dormido y déjalo allí mientras se celebra la boda. Por la mañana, antes del amanecer puedes llevarlo de vuelta al campo y por lo tanto no sufrirá ningún mal.

Parece que esta sugerencia le pareció buena al puntilloso anfitrión que estuvo de acuerdo.

Cuando el joven, cerca de la medianoche, se despertó de su sueño... en primer lugar, para su asombro se encontró tendido en una maravillosa alcoba junto a una hermosa doncella durmiendo, junto a varios candelabros de oro, que arrojaban un suave resplandor.

Mientras él la miraba con deleite y admiración, se despertó y lo miró no con menos placer y admiración, pues era un joven apuesto. Rápidamente estuvieron muy enamorados el uno del otro. Después, intercambiaron sus anillos de sello y abrazados, volvieron a dormirse.

Antes del amanecer, el dueño del campo tomó de nuevo al joven y lo llevó de vuelta al lugar de donde lo había recogido.

Por lo tanto, cuando se despertó, se sintió al principio tan decepcionado como sorprendido, pensando que la experiencia de aquella noche, después de todo, había sido tan sólo un sueño. Pero cuando vio el anillo en su dedo, comprendió que todo era realidad.

Aún así, no podía comprender cómo había sido transportado junto a la princesa o por qué no se le había permitido quedarse en su compañía y resolvió no salir de la ciudad hasta haber resuelto aquel misterio.

La princesa también se sorprendió cuando despertó y descubrió que su amante se había desvanecido y que sólo su anillo había sido dejado como señal de que había sucedido y no se trataba de un sueño.

No tardó demasiado tiempo en verse obligada a confesar que estaba a punto de ser madre. Su padre, naturalmente estaba muy enojado, pero amaba tanto a su hija que no se atrevía a matarla que es lo que solía hacerse en tales circunstancias. Prefirió perdonarle la vida porque había confesado todo lo que sabía ella de su amante y pensaba por ello en el poder del *Jan*, que debía haber tomado mano en aquel asunto. Por tanto, cuando ella dio a luz a su hijo, acompañado de una fiel sirvienta, fue desterrada de la corte.

Afortunadamente, la ciudad a la que le enviaron era la misma en la que aún permanecía su joven amor a la espera de noticias suyas.

Así pues empezó a vivir allí, dedicada al cuidado de su hijo. El niño era muy mimoso y no permitía que nadie más salvo ella lo cogiera, sin ponerse nervioso y empezar a llorar.

Un día en que la madre estaba muy cansada y necesitaba descansar, le dijo a su sirvienta que llevara al niño, a pesar de sus gritos, a tomar el aire.

Mientras la sirvienta se ocupaba del niño fueron a pasar por el lugar donde el joven estaba sentado. Él se sintió atraído por algo del tono de los

gritos del niño y le preguntó a la sirvienta si podía acariciar al pequeño. En el momento en que tomó a su hijo en brazos, el niño cesó en sus lloros y quedó alegremente. Ante esto, el inconsciente padre estaba tan encantado que ofreció a la sirvienta unos dulces que compró entonces a un vendedor que por allí pasaba.

Cuando la sirvienta regresó, naturalmente relató cuanto había sucedido, sobre la belleza y la ternura del caballero que logró calmar al niño de su parte.

Entonces, la madre, sospechando la verdad de todo aquel asunto, ordenó a la sirvienta que la llevara lo más rápido posible al lugar donde había dejado al joven.

Cuando los jóvenes se reunieron, inmediatamente se reconocieron y además, los anillos confirmaron su identidad.

Se casaron sin demora.

El sultán, al enterarse de la noticia se alegró mucho y pidió a su hija que regresara y la pareja vivió feliz para siempre después.”

Cuando el lechero hubo terminado de contar su historia, el cliente le preguntó:

- ¿No te parece que habría sido mejor para el joven el haber invocado el nombre de Alá, sin ponerse bajo la protección del genio? Habría confiado solamente en Alá y todo esto no hubiese pasado.

- ¡Oh, no! –fue la respuesta. Si el joven no se hubiese puesto bajo la protección del dueño del campo, éste último seguramente le hubiera hecho algún daño, tal vez lo hubiese llevado y dejado con el diablo. Amparándose en su hospitalidad, evitó cualquier percance y tan sólo podría recibir algo bueno.

SBEA

Ésta era la hija de un príncipe que tenía siete hermanos y se llamaba Sbea. Un día llegó Sbea y su madre estaba haciendo pan en el horno. Cuando la chica fue a coger uno de los panes, se le cayó de las manos y empezó a rodar y a rodar, pues era un pan embrujado. Y la chica salió corriendo detrás. El pan estuvo rodando y rodando y la chica corriendo detrás hasta que llegó a la casa de la gula (ogresa) y ésta le dijo:

- ¡Bienvenida sobrina! ¿Cómo estás?, ¿cómo estás?

Claro y hacía todo ese cuento para comerse a la chica. Y la chica entró a su casa y empezó a cuidar de ella.

Por la noche la madre empezó a preocuparse porque Sbea no volvía y cuando llegaron los hermanos de cazar, le preguntaron:

- ¿Dónde está Sbea?

- ¡Por Dios que no lo sé! Estaba jugando con los chicos del barrio.

Y los hermanos empezaron a buscarla de día y de noche, y la chica no aparecía; un día, dos días, tres días, y nada. Entonces decidieron ir a buscarla todos juntos. Se pusieron ropa de caza - ¿y a dónde fueron?-, pues al primer lugar que llegaron fue a casa de la gula, pero la ogresa les dijo que la chica no estaba allí.

Cuando la chica le preguntó a la ogresa por sus hermanos, ella le dijo:

- ¡Mañana vendrán tus hermanos y te podrás ir con tus padres!

La gula le daba de comer y comer para engordarla, y así poder degollarla y luego comérsela. Por casualidad la chica vio a sus hermanos y les pidió que la sacaran de la casa de la ogresa. Y cuando la ogresa se dio cuenta de que los muchachos sabían que su hermana estaba en su casa, decidió embrujarlos para alejarlos y que no volvieran a ver a la chica.

Al día siguiente cuando volvieron los hermanos donde la ogresa, llamaron, entraron y la ogresa les dijo:

- Sí, vuestra hermana está en mi casa.

Y estaba preparándoles unos zapatos rojos, todos iguales: la misma talla y la misma forma, el mismo modelo. Y les dijo:

- Sí, vuestra hermana está en mi casa. Yo soy vuestra tía, y como os quiero mucho os he hecho unos zapatos para que cuando vayáis de caza os los pongáis y los pies no se os cansen al andar.

En cuanto los muchachos se pusieron aquellos zapatos, se convirtieron en siete ocas. La niña, al ver lo que pasaba, se dio cuenta de que estaba en casa de la gula; la bruja. Y por la noche se escapó con sus hermanos que fueron detrás de ella volando hasta que llegaron a una casa abandonada. La casa también era de una bruja, pero esta bruja era buena. Y la chica se puso a llorar, y le dijo:

- ¿Qué te pasa, por qué lloras?

Y le dijo:

- He estado donde la ogresa y ha embrujado a mis hermanos y los ha convertido en siete ocas. Me gustaría saber cómo puedo salvarlos.
- ¡Eso es fácil! Para salvarlos les tienes que hacer siete camisas largas de cáñamo con tus propias manos. Tienes que recoger el cáñamo, hacer el hilo y con ese hilo tienes que coserlas. Luego les tienes que poner las camisas para que se deshaga el embrujo. Tienes que hacerlas antes de que la luna esté llena. Durante ese tiempo no debes hablar con nadie ni una palabra, debes quedarte callada. En cuanto digas una palabra, la magia fracasará, se acabó, fracasará y no podrás salvar a tus hermanos.

Y la chica le dijo:

- Voy a hacer lo imposible para que mis hermanos vuelvan conmigo.

Y la chica empezó a ir todos los días a un jardín, un jardín muy grande, que estaba en el bosque del palacio del príncipe. Allí vivían el príncipe y su familia. Y la chica empezó a ir todos los días a este lugar a coser -¿para qué?- para hacerles las camisas a sus hermanos, ponérselas, y deshacer el embrujo.

Una vez que la chica estaba recogiendo el hilo de cáñamo, pasó el príncipe por allí. Al verla se quedó muy, muy maravillado con ella. Y le pidió que se casara con él. Pero la muchacha no le dijo ni una palabra, se quedó callada y por señas le dijo:

- No quiero casarme contigo, no quiero boda, yo no puedo hablar, estoy así...

Y el príncipe le dijo:

- Yo me caso contigo y se acabó. ¡Que no hablas, pues que no hables!, yo me caso contigo porque te quiero.

Y la princesa le dijo que sí y se casó con el príncipe. Y todas las noches, ella esperaba a que el príncipe se durmiera, para salir con mucho cuidado e irse al lugar donde les cosía a sus hermanos las camisas para deshacer el embrujo. Se pasaba toda la noche trabajando, pero en cuanto llegaba la hora en que el príncipe se despertaba por la mañana, un poco antes de que saliera el sol, volvía y se hacía la dormida. Y estuvo así hasta que la descubrió la ogresa. Claro la ogresa no había parado de buscarla hasta que supo dónde estaba, la vigiló y vio cómo dejaba al príncipe todas las noches. Y sabía que esas camisas que estaba haciendo era lo único que podía deshacer el embrujo de los hermanos. Así que un día, llegó al palacio y le dijo al príncipe:

- ¿A esa mujer con la que te has casado no la conoces bien? Porque todas las noches te deja dormido y se va a casa de otra gente.

Y le dijo el príncipe:

- No, mi mujer no me deja ni se va a casa de nadie.

Y le dijo:

- ¡Claro que sí! Vigílala esta noche.

Entonces el príncipe se puso a vigilar a la princesa, hizo como que dormía, y la vio irse pero no supo a dónde iba. Cuando la muchacha volvió, el príncipe la encerró en una habitación. Y ella le pidió y le dijo por señas:

- Enciérrame o haz lo que quieras conmigo, pero déjame que termine de coser estas camisas.

Y él le dijo:

- ¿Para qué?

Y le dijo:

- Para esto.

Y le dijo:

- Te voy a encerrar y en cuanto la luna esté llena voy a mandar que te quemen.

Ella se alegró porque cuando la luna estuviera llena se habría terminado el plazo para terminar las camisas de sus hermanos y ya podrían ponérselas. Así que empezó a trabajar y los vigilantes le trajeron el cáñamo y el hilo. Y trabajó, trabajó hasta que terminó las siete camisas. Faltaba un instante para la luna llena, cuando una nube la tapó. Entonces, el príncipe empezó a preparar el fuego para quemar a la princesa. Mientras tanto, los hermanos la esperaban fuera. Así que llegaron el príncipe y los guardias y la sacaron de la habitación para quemarla. -¿Y qué llevaba en la mano?- Pues llevaba las siete camisas, y cuando salía de la habitación, los hermanos se abalanzaron sobre ella y ella les echó por encima las camisas a las sieteocas. Se las pusieron y volvieron a ser los siete muchachos que eran. Entonces se abrazaron, se besaron y se pusieron a llorar de alegría. Y la muchacha empezó a hablar y le dijo al príncipe:

- Así y asá es mi historia. He estado cosiendo estas camisas para mis hermanos para deshacer el embrujo, y por eso no podía hablar, pues si hablaba, no les iba a servir la magia de las camisas a ninguno. Y esta es mi historia.

Y el príncipe se volvió a casar con ella. Y las fiestas y las noches hermosas comenzaron. Y mandó quemar a la gula. Y la muchacha vivió con sus hermanos y llamaron a su madre y a su padre. Y vieron una vida tranquila y feliz.

Y gracias.

LA HIJA DEL LEÑADOR

Había una vez un pobre leñador que tenía una esposa y sus tres hijas para alimentar y vestir a partir de lo que producía trabajando. Un día, mientras estaba trabajando en el bosque, un hombre llegó a donde él y se detuvo para hablarle. El extranjero, tras hablar sobre sus hijas, convenció al leñador para que a cambio de una gran suma de dinero que le dio por adelantado, le prometiera a la mayor de las tres en matrimonio.

Esa noche, cuando el leñador volvió a su casa, le contó a su esposa el trato que había hecho y a la mañana siguiente, con su consentimiento, se llevó a la niña a cierta cueva para entregársela al extranjero cuyo nombre era Abu Fraywar. Este último, tan pronto como el padre se hubo marchado, le dijo a su esposa:

- Debes tener hambre, come esto.

'Y diciendo aquello, sacó un cuchillo y cortando sus propias orejas, se las dio a ella con una hogaza de pan negro repugnante.

La niña, aunque asustada, se negó a comer, tras lo cual, su esposo le colgó por los cabellos en una cámara, en la cueva que por magia se había convertido en un hermoso palacio.

Al día siguiente Abu Fraywar fue de nuevo al bosque y dijo al leñador:

- Estoy tan contento con su hija que quiero la siguiente más joven para mi hermano. Aquí hay más dinero. Traiga a su hija por la mañana.

El humilde padre aceptó, seducido por las palabras suaves y el brillante oro de su yerno. Cedió de nuevo y por ello se llevó a la segunda hija a la cueva donde recibió el mismo trato que su hermana mayor.

Por último, vino Abu Fraywar a por la tercera hija, bajo el pretexto que la quería para otro hermano. En esta ocasión, los padres fueron fácilmente convencidos pero la niña, la más mimada por ser la más joven de la familia, se negó a ir a menos que llevara una caja que tenía, donde había dulces... y también llevarse su gatito favorito.

Cuando sus deseos fueron aceptados, marchó también a la cueva donde sus hermanas estaban todavía colgando.

Cuando Abu Fraywar ofreció sus orejas que le crecían cada vez, la niña, en vez de mostrar el asco que sentía y rechazarlas, las cogió sin vacilar y se comprometió a comerlas tan pronto como sintiera hambre. Luego él la dejó sola un momento y le dijo que para su regreso, esperaba encontrarse que ella había obedecido sus deseos.

Eso sí, la segunda hermana, de la misma forma había pedido disponer de la comida ofrecida más tarde, precisamente cuando Abu Fraywar no estuviese presente. Entonces quiso engañarle ocultando las orejas bajo la alfombra. Pero ella no tuvo éxito.

Le ocurrió que cuando regresó y ella le dijo que las había comido, entonces él dijo:

- Orejas mías, estáis calientes o frías.

- Tan frías como el hielo y colocadas debajo de la alfombra –le contestaron.

Ella, al tratar de engañarlo, lo que hizo fue enfadarlo y darle una excusa para colgarla junto a su hermana.

La tercera hermana resultó ser más astuta que las otras. Ella dio las orejas al gato que las devoró rápidamente, mientras ella comía un poco de lo que había traído de casa en su cajita.

Cuando Abu Fraywar regresó y llamó como antes:

- Orejas mías, ¿estáis calientes o frías?

Respondieron:

- Tan caliente como puede ser en este pequeño estómago apretado.

El monstruo estaba tan complacido con aquello, que a partir de entonces le empezó a gustar más la niña y la trataba cada vez con mayor amabilidad.

Un día, después de haber pasado algún tiempo juntos, le dijo él:

- Tengo que ir de viaje. Hay cuarenta habitaciones en palacio. Aquí están las llaves. Usted puede abrir todas, excepto la que permite entrar con esta llave de oro.

Ella prometió no entrar en la habitación prohibida y él se marchó. Durante algún tiempo después de su marcha se entretuvo revisando el resto de habitaciones. Había estado ya en treinta y nueve, cuando mirando desde la ventana que daba a un cementerio, se horrorizó al ver a su

marido que era en realidad un gul u ogro, devorando un cadáver que acababa de coger de su tumba.

Ella estaba horrorizada por aquel espectáculo así que se colocó en un lugar desde donde podía observar sin ser vista y así poder observar aquella horrible labor.

De pronto se escuchó algo y el gul se escondió detrás de una tumba cercana. Era un funeral lo que le había molestado.

A medida que la procesión se acercaba, se dio cuenta de que los que portaban el cadáver parecían tener mucha prisa y finalmente se escuchó a uno de ellos decir:

- Vayámonos tan pronto como sea posible para que el demonio que atormenta el lugar no aproveche para devorarnos.

Aquel descubrimiento había provocado en la niña gran preocupación y estaba especialmente ansiosa por conocer lo que había en la última habitación. Tanta ansia tenía que al final decidió resolver aquel misterio y cogió la llave de oro de aquella puerta y la abrió.

Allí estaban sus hermanas todavía vivas, colgando del techo por sus cabellos. Ella las soltó y les dio de comer y en cuanto hubieron recuperado sus fuerzas, las envió de vuelta con sus padres.

Al día siguiente regresó su esposo pero no iba a permanecer mucho tiempo con ella y después de unos días le dijo que se veía obligado a hacer otro viaje.

Esta vez, antes de marcharse, le dio permiso para que pudiera ser visitada por alguno de los parientes que ella deseara. Por eso, cuando se fue, ella envió invitaciones a varios de sus amigos y parientes, que fueron aceptadas y cuando vinieron los del pueblo, no les contó nada acerca de sus problemas. No lo hizo porque entre los que acudieron había algunos que se comportaban de forma extraña ya que su marido con su conocimiento de la magia había podido tomar diversas formas con el propósito de atraparla.

Por fin, habiendo tomado la forma de su anciana abuela logró su propósito. Tan pronto como su esposa, sin sospechar que era él, contó sus pesares a quien tanta confianza le había dado en la infancia. Entonces... Abu Fraywar, desenmascarado y colocando veneno en una aguja se la clavó en el pecho. La herida no la mató, tan sólo le causó desmayo y la permanencia indefinida en ese estado.

Pronto la colocó en un arca y la hundió en el mar.

El sultán de aquel país tenía un hijo que era muy aficionado a navegar y pescar. Ocurrió que poco después de que Abu Fraywar se hubiese deshecho de la hija pequeña del leñador; el príncipe estaba pescando cuando ordenó que echaran desde su barco una gran red, cerca del lugar donde había sido ella arrojada.

El baúl quedó enredado y después de alguna dificultad, lograron llevarlo a la superficie.

El príncipe ordenó que lo subieran al bote y antes de abrirlo, dijo a sus hombres:

- Si el baúl tiene dinero o joyas, pueden quedarse con su contenido, si no, cualquier otra cosa que pudiera haber, me pertenecerá a mí.

El joven sintió profundo dolor, así como extrañeza al observar lo que se hallaba en el baúl. Lloró y se lamentó del triste destino de la desafortunada criatura y llevó el cuerpo a donde su madre para que pudiera prepararle un entierro digno. Durante el trayecto, la aguja fue descubierta y retirada. Entonces... la joven empezó a estornudar y recuperó por fin la conciencia.

Cuando estuvo completamente recuperada, se convirtió en la esposa del príncipe Zerendac, que era como se llamaba y a su debido tiempo tuvieron una hija.

Un día sin embargo, cuando ella se encontraba a solas con su bebé, la pared de su habitación de pronto se abrió y apareció Abu Fraywar. No se detuvo a saludar a su ex esposa, pero cogió al niño, se lo tragó y desapareció al instante.

La madre estaba tan afligida y aturdida por la pérdida que cuando su marido le preguntó qué había sido de la niña, no fue capaz de responder nada.

La misma suerte corrió su segundo hijo, niño y la tercera hija. La última vez, Abu Fraywar, en su maldad llegó tan lejos como para manchar el rostro de la madre con la sangre de su propia hija. Cuando hubo desaparecido, ella se limpió la cara, pero con las prisas y el nerviosismo,

quedó sin quitarse una pequeña marca de sangre justo debajo de su labio inferior.

El marido y su madre, que ya sospechaban algo cuando llegaron al lugar, concluyeron que era una gula u ogresa que había devorado a sus propios hijos.

Al ver que su vida estaba en peligro, contó a Zerendac su historia, pero nadie la creyó. Su marido sin embargo, se negaba a darle muerte y ordenó que la encerraran en una pequeña habitación de madera bajo tierra y que la alimentaran tan sólo de pan y agua.

Después, por consejo de su madre buscó otra esposa y al enterarse que un sultán vecino tenía una hija, fue en persona a demandar su mano. Antes de iniciar su viaje, no con propósito de consolar, sino de atormentarla, fue a donde la madre de sus hijos perdidos a preguntarle que deseaba que le trajera a su regreso. Ella respondió pidiéndole que le trajera una caja de áloe y otra de henna. También una daga.

El príncipe cumplió con la petición de su esposa y cuando llegó a casa, le envió cuanto le había solicitado. Ella abrió las cajas y colocándolas frente a ella, dijo:

- ¡Oh caja de áloe! No tiene usted más paciencia que la que he mostrado. Caja de henna, no se puede ser más apacible de lo que he sido.

Una vez dicho esto, a punto estaba de apuñalarse a sí misma, cuando la pared se abrió de nuevo y apareció Abu Fraywar, esta vez acompañado de un niño guapo y dos hermosas niñas. El *gul* entonces dijo:

- ¡No te mates! No he matado aún a tus hijos. Aquí están.

Después, tras emplear una fórmula mágica, apareció una escalera que conectaba aquella habitación donde Zerendac la había encerrado con el salón principal del palacio real. En la parte superior había una trampilla tan hábilmente construida que quedaba en secreto y nadie podía encontrarla o saber de su existencia. Tras hacer aquello, Abu Fraywar cogió la daga y se mató.

Cuando llegó el momento de las bodas del príncipe con la hija del sultán, envió a donde Zerendac a los tres jóvenes, vestidos con ricos ropajes y extrañas joyas hasta la escalera, con instrucciones de gastar muchas bromas a los invitados y causar el mayor daño posible a la cristalería y porcelana del salón.

Entonces, la madre del príncipe quedó tan impresionada con la belleza de los hijos que, a pesar de que estaba molesta por el daño que causaron, no podía encontrar motivos suficientes en su corazón para castigarlos, sobre todo porque había algo en sus facciones y movimientos que le recordaba a su propio hijo en la infancia.

Sin embargo, al fin perdió la paciencia, pero cuando estaba a punto de golpear a uno de ellos, todos gritaron a coro:

- ¡Oh, señora! Date prisa para ver cómo la luna está girando.

Tras aquello, todo el mundo corrió a la ventana y los niños aprovecharon la ocasión para levantar la trampilla y escapar.

El día en que la boda se iba a consumir, los niños aparecieron de nuevo cuando su padre estaba presente. Se sintió atraído por su belleza y la gracia de sus conversaciones. Ellos sin embargo, volvieron de nuevo a por los jarrones, causando tanto mal como les era posible.

Cuando protestaron por aquel comportamiento, ellos respondieron:

- Esta casa es nuestra casa y todo lo que hay en ella nos pertenece a nosotros y a nuestros padres.
- ¿Qué habéis querido decir?

Por respuesta, le llevaron por la escalera secreta a donde su madre, quien le dijo que eran sus hijos, contándole la forma en que habían regresado donde ella.

El príncipe, profundamente afectado por el relato, le rogó que le perdonara su falta de amabilidad y le pidió que regresara a su hogar. Ella estuvo feliz de hacerlo.

Entonces, envió a la hija del sultán con una explicación y una compensación, de vuelta con su padre y la pareja se reunió y vivieron felices para siempre.

WARD AWRAD DAQQÚSH

- Era, y ¡cuántas veces fue! ¡Eh, los que me oís hablar! ¡No está bien contar, sin al Profeta mencionar! ¡Con él sea la paz!

Éste era un mercader, el mayor mercader del país, el jefe de los mercaderes. Y un año entre los años, se propuso hacer la peregrinación. Tenía tres hijas y antes de irse de peregrinación le dijo a su mujer:

- Pregúntale a las chicas qué quieren que les traiga de la peregrinación.

Y la madre les preguntó a sus hijas. Y la mayor dijo:

- Yo quiero un collar de perlas.

Y la mediana dijo:

- Yo quiero un diamante.

En cuanto a la hija pequeña, pues no sabía qué pedir y empezó a pensar y a pensar. Entonces, llegó la vecina y le preguntó:

- ¿Por qué estás tan pensativa?
- Es que mis hermanas ya han encargado los regalos y yo no sé qué pedir –contestó.

La vecina se echó a reír y le dijo:

- Pídele que te traiga un “Ward Awrad Daqqúsh”.

Y la hija pequeña le dijo a su madre lo que quería, aunque no sabía qué era lo de “Ward Awrad Daqqúsh”. Y dijo:

- Si mi padre se olvida mi regalo, sus camellos se pararán a mitad de camino y empezarán a mear sangre y pus.

El mercader se extrañó muchísimo de lo que había pedido su hija y dijo:

- ¡Dios quiera que no se me olvide!

Después de hacer la peregrinación, el mercader empezó a comprar todos los regalos. Compró dátiles, alheña, varillas de sándalo, incienso, tomillo, y los regalos de las dos hijas mayores, pero se le olvidó del regalo de su hija la pequeña.

La caravana se puso en marcha y cuando estaban a medio camino, vieron que los camellos se echaban al suelo y empezaban a mear sangre y pus. Entonces, el camellero fue corriendo y le dijo al mercader:

- ¡Señor! Los camellos se han echado al suelo y están meando sangre y pus.

En ese momento, el padre se dio cuenta de que se había olvidado del regalo de su hija la pequeña. Entonces, la caravana volvió al país del *Hiyaz*, y el mercader empezó a preguntar por “Ward Awrad Daqqúsh”. Y cada vez que preguntaba a alguien, se echaban a reír y no le contestaban.

El mercader se extrañó muchísimo y dijo:

- ¿Qué será este regalo que ha pedido mi hija, que siempre que pregunto a alguien por él, se ríen de mí?

Pero siguió preguntando hasta que llegó a donde un gran mercader, le preguntó, y el gran mercader le dijo:

- Está claro que eres extranjero en el país. Anda y ve al palacio que está enfrente de ti, y allí vas a encontrar a Ward Awrad Daqqúsh.

El padre fue a palacio y vio que había muchos esclavos. Pasó a un gran salón y en el trono estaba sentado un muchacho tan hermoso como la luna llena, y en cuanto vio al mercader, le dijo:

- Bienvenido el que viene a pedir mi mano para su hija.

El mercader se extrañó al oír las palabras del muchacho, y dijo muy enfadado:

- Ahora mismo voy y le corto el cuello a mi hija.

Pero el muchacho le dijo:

- Toma estas tres avellanas, dáselas a tu hija y procura que no se enfade.

El mercader cogió las tres avellanas, se las echó en el bolsillo y salió tan enfadado que no veía ni dónde pisaba. La caravana se puso en camino y en cuanto llegó a su país, se instaló en el recibidor y la gente empezó a saludarlo.

Al cabo de cuarenta días entró en la habitación de las mujeres y le dijo a su mujer:

- Toma los regalos de las chicas. Pero a la pequeña no quiero ni verle la cara.

La hija pequeña entró en su cuarto, cerró la puerta, y no vio a su padre, ni su padre la vio a ella. Cogió las tres avellanas y dijo:

- Este es el regalo que pedí a mi padre y la razón por la que se ha enfadado y no quiere ni verme ni que le vea. ¡Está bien, este es mi destino!

Entonces tiró las avellanas dentro de un cofre y se sentó. Y un día entre los días, dijo:

- Voy a traer las avellanas y me entretendré con ellas. Estoy aquí sentada, no veo a nadie y nadie me ve, así que podré divertirme.

La chica trajo las avellanas, partió la primera y salieron de ella unos vestidos de seda y tres esclavas. La muchacha se asombró por lo que había en la avellana y dijo:

- ¿De dónde habrán salido estos vestidos? ¿Y de dónde han salido estas esclavas?

Y las esclavas le dijeron:

- ¡Levántate nuestra señora, prepárate y vístete antes de que llegue nuestro señor Ward Awrad Daqqúsh!

La muchacha estaba tan maravillada que partió la segunda avellana, y salieron de ella un broche de diamantes, un collar de perlas y corales y una esclava con un peine en la mano.

Y la peinadora le dijo:

- ¡Acércate que te peine y te vista antes de que llegue mi señor Ward Awrad Daqqúsh!

Y después de que la peinaran y la vistieran dijo:

- Quiero ver lo que hay en la tercera avellana.

Partió la tercera avellana y unas cantantes preciosas aparecieron ante ella y se pusieron a cantar. La muchacha se sorprendió muchísimo por lo que veía y en ese momento entró su padre y le dijo:

- ¡Alégrate, hija mía, porque ha llegado Ward Awrad Daqqúsh a pedir tu mano! Y en las avellanas hay ropas y joyas.

La muchacha se adornó con los diamantes, las perlas y los corales, y las cantoras se pusieron a cantar. Y nuestro señor y nuestra señora se casaron según la ley de Dios y su Profeta.

¡El pájaro voló, buenas noches os dé Dios!

LA LIBRA (BALANZA DE LA JUSTICIA)

Un día de frío y hambre, de llantos y dolor por el hambre, se acercó un niño a su padre y le dijo:

- Papá tengo hambre, mi barriga esta vacía, está cantando.

El hombre con sus ojos llenos de lágrimas besó a su hijo y salió de la casa. Encontró a un hombre que le dijo:

- ¿Por qué lloras?
- Mi mujer y mi hijo tienen hambre y no tengo dinero para comprarles un pan -contestó.
- Pide a Dios que te ayude y el te ayudará....

Se fue el hombre de su lado y vio un pez muy grande que salía y entraba al mar. Dijo:

- Esto es una señal de Dios... lo voy a coger y lo voy a vender y con ese dinero... ¡compro un pan!

Sacó ese pez del mar y contento porque lo iba a vender y fue a comprar el pan....

Vio a un niño huérfano con una lágrima de cristal resbalando por sus mejillas que le dijo:

- Tengo hambre.

No supo qué hacer; darle el pez a él o venderlo y comprar pan a su familia. Dijo:

- Llevamos días sin comer pan y carne pero estamos bien, este niño huérfano perdió a su padre, el hombre que le traía la comida.

Le dio el pez al huérfano... quien le sonrió. El hombre sentía como si estuviera viendo a su propio hijo, riéndose.

Se sentó junto al mar a ver si había otro pez... pero pasó el tiempo y ya se hizo de noche. No sabía qué hacer ni cómo podría mirar a su mujer y a su hijo. Fue a su casa y encontró un olor tan rico que decía:

- No, esta no es mi casa. Esto huele a comida.... ¡creo que el hambre me dejó medio loco!

Salió el hijo del hombre y le dijo:

- ¡Papá, papa! Vino un hombre por la tarde y nos trajo mucho dinero...
- ¿Dijo el hombre por qué nos trajo mucho dinero?
- Dijo que tu abuelo murió y te dejó una herencia y compré carne, pan, fruta y verduras. Ese hombre dijo: “es la sonrisa de esa huérfano que me abrió las puertas...”

Pasaron los años y él se convirtió en un hombre rico, ayudaba a las personas y estaba con ellas siempre. En una noche estaba dormido y soñó, que había una libra donde estaba el mal y el bien... Pusieron los ángeles todo el mal en una parte de la libra y el bien en la otra parte de la libra. Y dijo el hombre:

- ¡Todo el bien que he hecho! ¡El mal es más que el bien!

Le dijo el ángel:

- No, todavía falta la lágrima del niño que le distes el pez, la sonrisa de la mujer del niño huérfano y la sonrisa del niño huérfano... todo estos están en la parte del bien y el paraíso te da la bienvenida, para ser uno más de las personas en este paraíso. Se despertó de ese sueño lo escribió y murió pero con una felicidad profunda... porque ayudó a los demás...

EL DIABLO VIEJO Y EL DIABLO JOVEN

Un *efrit* que ya había envejecido en la práctica de la diablura, finalmente decidió abandonar sus malos hábitos y como primer paso en aquella dirección opuesta, decidió ir de peregrinación. Un poco más tarde convocó a todos sus amigos y vecinos, para darles a conocer sus ideas y propósitos de cambio y para despedirse de ellos antes de iniciar su viaje.

Ahora bien, entre todos los allí reunidos había una pareja que tenía un hijo para el que pensaban que tenía un futuro prometedor. Cuando se enteraron de los planes de su anfitrión, se les ocurrió que podía ser ventajoso para el joven demonio, si pudiera ver mundo bajo la orientación y protección de tan digno representante de su especie. Por lo tanto se acercaron para pedirle que permitiera que su hijo le acompañara.

Al principio se opuso, y muy fuertemente porque deseaba viajar tranquilamente, sin involucrarse en ninguna travesura ni maldad y pensaba que no habría paz para él si viajaba acompañado, especialmente si su compañero andaba buscando experiencia en la práctica de la diablura. Finalmente, sin embargo, cedió a las repetidas súplicas de sus amigos, pero para ello, el demonio joven debía prometer que durante aquel viaje no haría daño ni mal a ninguna criatura viviente, ya fuera hombre, animal, ave o reptil, y los padres aceptaron sin objeciones aquella condición.

A su debido momento, el demonio ya se arrepentiría de haber llevado a su joven acompañante.

Durante un tiempo todo fue bien, pero después de algunas semanas, al joven empezó a hacérsele el viaje monótono, de hecho no podía soportar permanecer tanto tiempo sin causar problemas a nadie.

Una noche oscura, sin luna, se encontraron con un campamento árabe de gran tamaño. Todo estaba tan quieto que era evidente que todos allí, estaban durmiendo. Pasaron por el lugar sin molestar a nadie.

Unos minutos más tarde, mientras continuaban por su camino, el demonio menor, entusiasmado le rogó que le permitiera regresar y caminar una vez más por el campamento. La solicitud fue rechazada rápidamente y el viejo le recordó bruscamente el juramento que había hecho.

Sin embargo, cuando declaró que no tenía ninguna intención de hacer daño a ser viviente alguno, su compañero mayor, le concedió el permiso deseado.

El joven demonio regresó tan sólo unos minutos más tarde y dijo que estaba preparado para continuar, así que la pareja reanudó el viaje.

No habían avanzado más de un centenar de metros, cuando irrumpió en el campamento un estrepitoso escándalo capaz de despertar a los muertos. Caballos relinchando, perros ladrando, las mujeres y los niños gritando y los hombres enojados, gritando maldiciones.

Tan pronto como el demonio mayor escuchó aquello, se volvió airadamente hacia su compañero y le dijo:

- ¡Tú maldito perjuro! Te encuentras detrás de esta travesura. ¿Cómo te atreves a romper el solemne juramento que tomaste antes de partir?
- No he hecho nada –respondió el otro con perfecta serenidad. Yo no he levantado ni un dedo en contra de un ser vivo.
- Entonces... ¿cuál es el motivo de todo este revuelo?
- No sabría decirte, a menos que el semental del jeque ande suelo.
- ¿Qué razón tienes para pensar que ha ocurrido eso? –dijo severamente el demonio mayor.
- Bueno –dijo el joven-. Al pasar por el campamento vi el caballo atado a una estaca en frente de la tienda de su amo, y pensé si estaría bien sujeta, sabiendo que en caso de aflojarse, podría causar mucho mal; por lo tanto, intenté apartar un poco la estaca. Es posible que en el intento se aflojara y así el animal lograra sacarla de tierra. Pero créeme que he mantenido estrictamente mi promesa de no hacer yo, daño a ningún ser viviente.

Esta respuesta dio lugar al proverbio que se utiliza cuando alguien hace travesuras indirectamente para no ser considerado responsable directo: “Sólo trasladó la estaca”.

MENTIRA DE PRINCIPIO A FIN

Había en la antigüedad del tiempo un rey que era muy tirano, tanto o más que los reyes de este tiempo. Este rey tenía una hija que era muy orgullosa. Y, cuando el padre quiso casarla, le dijo:

- Sólo me casaré con el que me cuente una historia que sea mentira de principio a fin durante veinticuatro horas seguidas.

Y el rey y sus visires aceptaron la condición.

El primero que intentó superar aquella prueba fue el hijo del primer visir. Pero en cuanto empezó su historia dijo:

- ¡Rezad al profeta!

Y la hija del rey ordenó:

- ¡Que le corten la cabeza!

Después cogió la cabeza y la puso en la terraza del palacio.

Al poco tiempo fueron llegando los hijos mayores de los grandes hombres del país, y los fue mandando matar a todos, y colocando sus cabezas en la terraza del palacio, hasta que el número de cadáveres llegó a setenta y siete.

Por casualidad andaba el hijo del rey de un país vecino estudiando geografía, y quiso ver en la realidad todo lo que había aprendido. De modo que preparó su caballo, lo cargó de oro, y el primer país al que se dirigió fue al del rey que era el padre de la princesa que había puesto tal condición.

Y, cuando estaba paseando por el país, pasó por delante del palacio del rey y, al ver los cadáveres en la terraza, preguntó qué era lo que había pasado, y le contaron lo de la condición que había impuesto la hija del rey para casarse.

Entonces fue a encontrarse con el rey, se presentó ante él y le pidió la mano de la princesa, seguro de que él sería capaz de superar aquella prueba. Y, después de reunirse con sus visires, el rey permitió al príncipe huésped intentar realizar la prueba que había impuesto la princesa.

Se reunieron para escuchar la historia que iba a durar veinticuatro horas, y que tenía que ser mentira de principio a fin. El príncipe huésped se sentó en medio de todos y empezó a contar:

- ¡Rezad al mono! Cuando llegué a la frontera de vuestro país, el visir encargado de la seguridad y de la vigilancia mandó detenerme y me pegaron una paliza muy grande.

Entonces, el rey se dirigió a su visir y le preguntó:

- Pero, ¿por qué has hecho eso?

Y el visir le contestó:

- Mi señor, ¿es que la historia que está contando no tiene que ser mentira de principio a fin?

Entonces el rey se calló, y el príncipe siguió:

- Luego me llevó por un camino difícil en dirección a Oriente. Y estuvimos caminando todo derecho, derecho, derecho...

Y estuvo repitiendo la palabra “derecho” durante doce horas sin parar.

Y el rey y los visires se quedaron dormidos antes de que llegara a ninguna parte. Y después dijo:

- Y llegamos a una parcela de tierra de color rojo, y me ordenó que me pusiera a cavar. Y cava y cava, y cava y cava...

Y estuvo repitiendo esta palabra hasta que pasaron las veinticuatro horas. Y luego dijo:

- Y encontramos un trozo de oro.

En aquel momento el rey lo interrumpió y le dijo:

- ¡Bastaaaaaa! No hace falta que nos cuentes cómo saliste de aquel agujero, porque, en ese caso, necesitaríamos otras veinticuatro horas.

Y así fue cómo este príncipe raro y extraño superó la prueba de la princesa y se casó con ella.

¡Y el pájaro voló, buenas noches os dé Dios!

EL NOMBRE MÁGICO (EL NOMBRE SAGRADO)

El nombre de: Alá sea sobre nosotros (*sma 'llah hawalayna*). Esto es lo que el musulmán piadoso debe siempre decir cuando menciona a esos extraños y terribles seres terribles, el *Jan* o demonio y el *Afarit* ; que viven en cuevas, pozos y otros lugares subterráneos.

Ningún hombre temeroso de Dios comenzará un día de trabajo o algo importante sin invocar el nombre de Alá el misericordioso, el compasivo. Con las mujeres ocurre lo mismo. Un ama de casa no toma un puñado de harina de un saco u otro recipiente sin recurrir a estas menciones.

Se dice que los hombres jóvenes que buscan esposas, si son religiosos, se esfuerzan para preguntar en voz baja a los vecinos o conocidos si las chicas suelen mencionar el nombre de Alá mientras trabajan.

Se considera que puede ser muy grave descuidar esta precaución, ya que los seres mencionados son extremadamente dañinos y son capaces de hacer un sinfín de perjuicios si no se busca protección en Alá, tal y como se verá en la siguiente historia:

Un joven muy respetable se casó con una muchacha virtuosa y trabajadora de buena familia. Los jóvenes se amaban, trabajaron duro y no se permitían nada innecesario y sin embargo no prosperaban. Tenían muchas dificultades porque siempre les fueron desapareciendo de su vivienda diversas cosas, siempre de forma misteriosa e inesperada, que no siempre podría haber sido causados por acción humana.

Una noche, antes de retirarse a descansar, la joven esposa colocó al lado del almacén, un pequeño saco de trigo que tenía intención de moler para por la mañana, temprano, hacer pan. Cuando se levantó, mucho antes de romper el día para comenzar su tarea; el trigo y el molinillo habían desaparecido.

Esa noche, el marido, después de alimentar a su caballo, cerró cuidadosamente el establo y se acostó dejando la llave debajo de la almohada.

A la mañana siguiente, cuando abrió la puerta, el establo estaba vacío. La pareja estaba muy molesta y avergonzada por estas repetidas pérdidas. El marido se inclinaba a creer que al fin y al cabo habrían sido ladrones quienes habían robado su caballo. Por lo tanto, marchó a pié para visitar los pueblos vecinos donde se llevaban a cabo mercados de ganado, con la esperanza de encontrar al animal. Su búsqueda fue en vano. Por fin llegó a la conclusión de que los árabes de la Belka, usando una llave falsa, habrían entrado en el establo. A lo que no encontraba explicación sin embargo era el por qué, si se trataba de ladrones, se habían tomado la molestia de cerrar la puerta tras de ellos.

Sin embargo, como no sabía ya dónde buscar, continuó por el este del país de Jordania. Hacia el final del primer día, se encontró a la entrada de un valle largo y estrecho a cuyos lados había un laberinto de cavernas. El sol se escondió y como ocurre siempre en Palestina, la oscuridad llegó rápidamente. Sabiendo que no había ninguna aldea en varios kilómetros, se sorprendió gratamente al ver una luz brillante en una de las cuevas. Llegó a la conclusión de que un grupo de pastores, carboneros o tal vez,

conductores de camellos pasaban allí la noche y aceleró el paso, confiando en ser bien recibido por el grupo.

Cuál pues su asombro y consternación, por lo tanto, al llegar a la cueva y encontrarse con que todos los *jan* habían dispuesto su morada allí. Tuvo miedo de escaparse para no ofenderlos e hizo lo mejor que podía hacerse en una situación tan delicada; saludarlos con la voz más firme y alegre que pudo lograr.

Le devolvieron el saludo cortésmente, utilizando una conocida expresión de bienvenida: “*Ahla wa-sama, wa-merhabah*”. Con aquella naturalidad no parecían haber notado nada extraño.

En realidad no tenía mucho tiempo para reflexionar porque algunos de los *jan* ya habían comenzado a interrogarlo por los motivos que le habían llevado a llegar a aquel lugar.

Él les habló de su pérdida y a dónde se dirigía a buscar el caballo robado.

- ¡Oh! –dijo uno de ellos. No es necesario que vayas a la Belka a buscarlo, porque casualmente lo tenemos aquí y si lo desea, se lo daremos.

El joven, que tantas ganas tenía de recuperar el animal, vaciló un momento antes de decir nada por temor a que el *jan* se estuviera burlando o buscando una excusa para caer sobre él. Finalmente, sin embargo, reunió el coraje suficiente para pedir humildemente que se lo dieran.

Para su sorpresa, el caballo le fue traído de inmediato y entregado a sus manos.

El joven aún estaba a disgusto en presencia de aquellos misteriosos anfitriones y tenía muchas ganas de marcharse. Montó sobre el animal y oscuro como era, inició el viaje de regreso pero lo invitaron a pasar la noche con ellos. Temía que se ofendieran si rechazaba la invitación, así que ató el caballo y aceptó su hospitalidad.

Para la cena. El *jan* trajo un plato de arroz y lentejas (*imjederah*) y le instaron a que comiera. Así lo hizo y después de comer, agradeció a sus anfitriones utilizando la fórmula habitual. Ellos le respondieron:

- Ya le hemos dicho que todo lo que usted ve aquí es suyo.

Al escuchar aquello, el joven miró a su alrededor y pudo asegurarse de que muchos de los enseres que había en la cueva se parecían a objetos que habían desaparecido de su casa. Sin embargo no se atrevió a reclamarlos.

A la mañana siguiente, al amanecer, comenzó el regreso hacia casa. Tomó sólo el caballo con él, pero estuvo muy agradecido por haberlo recuperado y escapó con una piel sin darle ninguna importancia.

El joven se reunió en alegre bienvenida con su esposa. Se alegraba de verle y su alegría aumentaba por el hecho de que había traído el caballo de nuevo con él.

Cuando le dijo que tenía hambre, ella le trajo un plato de “*imjederah*”, explicando que lo había cocinado el día anterior, pero al no

tener ella hambre, lo dejó fuera para cuando regresara. Diciendo aquello procedió a descubrir el plato. Cuando puso la mirada en él, exclamó:

- ¡Qué es esto! Cuando dejé el plato, estaba lleno y ahora tiene comido buena parte de su contenido. El gato no puede haber sido porque podría haber quitado la tapa, pero no colocarla de nuevo.

El propio marido estaba al principio un poco asustado, pero al examinar el plato se dio cuenta de que era el mismo del que había comido la noche anterior y empezó a comprender el significado las pasadas experiencia.

- Mi querida esposa -dijo-. He descubierto el secreto de nuestras desgracias. Es que hemos descuidado una antigua y buena costumbre de nuestros padres, la de “nombrar”. Nuestras pertenencias no han sido robadas por los hombres, sino por los demonios y porque no nos hemos protegido invocando el nombre de Alá, como deberíamos haber hecho, mientras estábamos trabajando.

No hace falta añadir que a partir de aquel día la pareja fue más cuidadosa al pedir la bendición divina. De esta manera no sólo impidió nuevas pérdidas, sino que además lograron recuperar las pertenencias que habían perdido anteriormente. Y en adelante fueron más felices al disfrutar del favor de Alá.

LOS DOS HERMANOS GEMELOS

Había una vez en Jerusalén, dos hermanos gemelos que después de haber crecido y vivido juntos, continuaron así en el trabajo y compartían los frutos del cultivo de sus campos.

Una noche, después de la trilla de las tierras, como era costumbre, dividieron lo logrado en dos montones iguales.

Por la noche, uno de ellos despertó y pensó para sí mismo: “Mi hermano es un hombre casado y con hijos que cuidar, mientras que yo, ¡alabado sea Alá!, soy soltero. No es justo que recibamos una parte igual del producto de nuestro trabajo”. Así que con ese pensamiento se levantó y sin hacer ruido, tomó siete medidas de su montón y se los puso en el de su hermano, y luego se fue a dormir.

Poco tiempo después, su hermano se despertó y mientras estaban parpadeando las estrellas, dijo entre sí: “yo, por la más alta bendición, tengo una buena esposa y cuatro encantadores niños. Conozco las alegrías a que mi hermano es extraño. No es justo que debamos recibir una cantidad igual del provecho de nuestro trabajo. Entonces, se acercó a los montones y transfirió siete medidas del suyo, al montón de su hermano.

En la mañana, cada cual se sorprendió de encontrar que los montones estaban igual que como al principio los habían dejado.

No supieron lo que había ocurrido hasta que Alá envió un profeta para anunciarles que por su amor nada egoísta se había agradado tanto, que sus trillas habían quedado bendecidas por los siglos de los siglos.

UN JUEZ ASTUTO

En el extremo sur del Haram se encuentra la gran mezquita, llamada El Aksa, anteriormente una iglesia cristiana. En ella hay un notable púlpito con incrustaciones de marfil y nácar, y cerca de este púlpito, la pared sur del edificio, es un pedazo de ornamentación árabe con un marco de oro.

Los guardianes de la mezquita solían decir que fue un regalo del sultán Mahmud, padre de Abdul Mejid, que, de hecho, tiene su firma.

El sultán, al parecer, estaba muy orgulloso de su caligrafía. Una vez, al enterarse de que un cierto escriba era el escritor vivo más experto, le desafió a una prueba de habilidad. El reto fue aceptado, y a su debido tiempo el concurso se llevó a cabo.

Los ejemplares producidos fueron enviados por el sultán a varias personas competentes para juzgar tales cuestiones, para que pudieran decidir quién era el mejor artista.

Todos menos uno, por temor a ofender a su amo, votaron a su favor. Pero hubo uno que ideó algo para protegerse del sultán y para ser al mismo tiempo justo con su, en realidad, más hábil rival. Él escribió en las últimas muestras:

- Esta es la escritura a mano del mejor de los escribas y en ésta de escritor real. Son las mejores caligrafías de escribas y sultanes respectivamente.

El sultán estaba tan satisfecho con la astucia y honestidad de aquel hombre, por lo que le envió un regalo hermoso.

UNA RESPUESTA SABIA

Cierto sultán despertó una noche aterrado. Había tenido un sueño que aunque no entendió, le parecía premonitorio de una desgracia. En su sueño había tenido la visión de su propia cabeza y había visto cómo de repente se le caían todos los dientes.

La pérdida de un sólo diente –dijo él–, ya es un presagio terrible. Qué sería entonces el significado de perderlos todos a la vez. Tenía pensamientos tan terribles que a pesar de que faltaban aún algunas horas para amanecer, despertó a sus siervos y los envió a toda prisa a reunir a todos los consejeros de su país y a los más sabios de la corte.

Llegaron sin demora y en un primer momento sintieron alivio al saber que el motivo de haberlos reunido era tan sólo un sueño, pero cuando el monarca pidió una interpretación, la mayoría de ellos hubiera deseado haber continuado estando a salvo, descansando en sus casas.

Uno de ellos, sin embargo, un fresco estudiante, estaba dispuesto a distinguirse, pensó lo contrario. De hecho, pensando que se le brindaba una buena oportunidad para satisfacer su ambición, se postró a sus pies y le pidió permiso para presentar su interpretación.

- ¡Oh, sultán! El sueño se refiere a sus enemigos y su interpretación alegra a quienes te aborrecen porque el significado es terrible. Se presagia la muerte de todos sus familiares ante sus ojos un día.

Al oír aquella explicación, el sultán enfurecido, ordenó que el hombre presuntuoso fuera severamente apaleado, encarcelado y alimentado a pan y agua durante un año por haberse aventurado a predecir algo malo para su soberano.

Luego se volvió enfurecido sobre el círculo de eruditos y asustados cortesanos restantes. Dio una patada al suelo y repitió su demanda. Por un momento todos temblaron en silencio. A continuación, el miembro de mayor edad del ulema se adelantó y se dirigió a él:

- ¡Alabado sea Alá! –comenzó-. Que se ha dignado a revelar a su majestad la misericordia inmerecida que tiene intención de conceder a las naciones bajo su dominio. Dichosos nosotros, felices son todos los que disfrutan del honor y privilegio de ser tus siervos, porque la cuestión que ha dado a conocer el Todopoderoso, es que estás destinado a sobrevivir a todo tu parentela.

El sultán estaba tan contento con la interpretación de su sueño que ordenó que llenaran la boca del anciano de perlas, que le colgaran una cadena de oro alrededor de su cuello y que le dieran también un manto honorífico.

Luego se despidió de la asamblea y cuando estaban de camino a casa, el hijo del gran visir que había estado presente, le susurró a su padre:

- No veo ninguna diferencia en las dos interpretaciones.
- ¡Ah, hijo mío! –replicó el visir. En esta vida aprenderás que no es tanto lo que un hombre dice, sino la manera de decirlo.

EL VERDADERO AMIGO

Érase una vez un padre que tenía un hijo y ese hijo tenía muchos amigos. El padre tan sólo tenía un amigo por lo que quería demostrarle a su hijo que un amigo verdadero es mejor que miles de amigos falsos.

Cierto día le dijo a su hijo que quería matar a alguien y deseaba que sus amigos le ayudaran a esconder el cadáver.

Así que el hijo preguntó a todos sus amigos para que le echaran una mano, pero nadie aceptó y todos ellos se disculparon por lo que el padre fue a preguntar a su único amigo para que le ayudase y éste aceptó, marchando con el padre. Entonces, el padre le dijo que no se trataba de un cadáver sino de una cabra que deseaba cocinar y comer, en agradecimiento a su amigo.

Entonces el padre le dijo a su hijo que un verdadero amigo es mejor que muchos amigos falsos.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1- JOHA Y LA MANTEQUILLA. Hanauer, J. E.: *Folk-lore of the Holy Land. Moslem, Christian and Jewish*. Duckworth, London. 1907, pp. 85.
- 2- JOHA Y LOS BURROS. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains, New York, 1904, pp. 86.
- 3- JOHA Y LA OVEJA. Enviado por Myriam Dalu. Jerusalén, 2012.
- 4- JOHA Y EL CAZO. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York, 1904, pp. 87.
- 5- JOHA Y SUS VECINOS. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York, 1904, pp. 88.
- 6- EL INCENDIO. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 194.
- 7- EL BURRO CANTADOR. Enviado por Myriam Dalu. Jerusalén, 2012.
- 8- EL ZORRO Y LA HIENA. Kaleel, Mousa J. *When I was a boy in Palestine*. Lothrop, Lee & Shepard. Boston, 1914, pp. 108.
- 9- LA GALLINA Y LA ESPIGA DE TRIGO. Enviado por Myriam Dalu. Jerusalén, 2012.
- 10- EL BURRO Y EL BUEY. Kaleel, Mousa J. *When I was a boy in Palestine*. Lothrop, Lee & Shepard. Boston, 1914, pp. 109.
- 11- EL BURRO DE MI TÍO KARIM. Enviado por Myriam Dalu. Jerusalén, 2012.
- 12- ABU IBRAHIM Y LA VIEJA. Recogido y traducido por Montserrat Rabadán y contado por Dahuk Àrabi, de 36 años, de Hama, Siria en 1994.

(Rabadán, M.: *Cuentos palestinos de tradición oral. ¿A dormir o a contar?* CantArabia. Madrid. 2002), pp.77.

13- LA ANCIANA Y SU GATO. Recogido por Sharif Kanaana y Ibrahim Muhawi. Contado por la anciana Im Nabil del pueblo Turmus en el distrito de Ramallah. (Muhawi I. y Kanaana, S.: *Speak Bird, Speak Again*. University of California Press. Los Ángeles, 1989 pp. 284.

14- LAS TRES CABRITILLAS. Recogido y traducido por Montserrat Rabadán, Contado por Faw Az al-Misrí, 30 años, de Safad. Damasco. (Rabadán, M.: *Cuentos palestinos de tradición oral. ¿A dormir o a contar?* CantArabia. Madrid. 2002, pp. 163.)

15- LEILA Y EL LOBO. (Enviado por Mustafá Kaoud, de Damasco. Traducción de Yassin Kaoud, de Damasco, 2012)

16- HUDAYDÓN. Recogido por Montserrat Rabadán. Contado por Jadiyya Mahmud Abu Salim, de 78 años, nacida en Saffuriyya, Nazaret. Contado en el campo de refugiados de Anyn al Helwa, Sidón, Libano. 7 de Julio de 2003. (Rabadán, M.: *¡Y el pájaro voló! Cuentos palestinos de tradición oral*. Miraguano, Madrid, 2010, pp. 53.)

17- LA JARRA DE ORO. Enviado por Myriam Dalu. Jerusalén, 2012.

18- YUBENE. Recogido y traducido por Montserrat Rabadán y contado por Fátima Jalid al Amín, de 33 años, de Nazaret, en Damasco, 1994. (Rabadán, M.: *Jrefyye: Cuentos de Tradición Oral de las Mujeres Palestinas*. Centro Cultural Palestino Biladi, 2008, pp. 11.)

19- EL GENIO (JIN) DE LA HOSPITALIDAD. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 133

20- SBEA. Recogido y traducido por Montserrat Rabadán. Se lo contó Fátima Jalil al-Amín. De 33 años, de Nazaret. Recogido en Damasco el 27 de agosto de 1994. (Rabadán, M.: *Jrefyye: Cuentos de Tradición Oral de las Mujeres Palestinas*. Centro Cultural Palestino Biladi, 2008, pp. 13.)

- 21- LA HIJA DEL LEÑADOR. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 140.
- 22- ARD AWRAD DAQQÚSH. Recogido por Nimr Sirhán, contado por Fátima Husayn de Jaffa y traducido por Montserrat Rabadán. (Rabadán, M.: *Cuentos palestinos de tradición oral. ¿A dormir o a contar?* CantArabia Madrid. 2002. Pag.38. Original en: Nimr Sirhán : *Hikayat sha àbiyya min Filastín*. Dar al-fata'al-àrabi, Bayrut, 1987, pp. 33-36.
- 23- LA LIBRA (Balanza de la justicia). Enviado por Myriam Dalu. Jerusalén, 2012.
- 24- EL DIABLO VIEJO Y EL DIABLO JOVEN. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 184.
- 25- MENTIRA DE PRINCIPIO A FIN. Traducido por Montserrat Rabadán. (Rabadán, M.: *¡Y el pájaro voló! Cuentos palestinos de tradición oral*. Miraguano, Madrid, 2010, pp. Se lo envió Yamil al- Salhut, de 65 años de Jerusalén, en 2009, pp.189).
- 26- EL NOMBRE MÁGICO (El nombre sagrado). Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 117.
- 27- LOS DOS HERMANOS GEMELOS. Hanauer, J. E.: *Folk-lore of the Holy Land. Moslem, Christian and Jewish*. Duckworth, London. 1907, pp. 168.
- 28- UN JUEZ ASTUTO. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 48.
- 29- UNA RESPUESTA SABIA. Hanauer, J. E.: *Tales told in Palestine*. Eaton and Mains. New York. 1904, pp. 49.
- 30- EL VERDADERO AMIGO. Enviado por Wafa Aau, de Gaza en 2012.

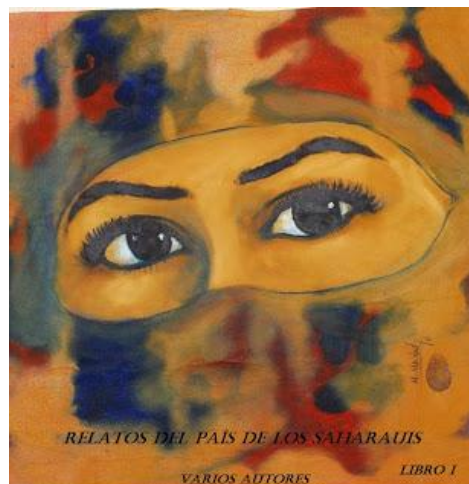
TÍTULOS PUBLICADOS

Todos los libros de la colección pueden descargarse gratuitamente en el Blog de la Biblioteca de las Grandes Naciones.

CUENTOS TRADICIONALES SAHARAUIS



RELATOS DE PAÍS DE LOS SAHARAUIS



MIL Y UN POEMAS SAHARAUIS



ANTIGUOS CUENTOS DE ÁFRICA



CUENTOS Y LEYENDAS DE ZUGARRAMURDI



CUENTOS DE ESCOCIA



XANA



TRASGU



HADAS DE IRLANDA



RELATOS DEL PAÍS DE LOS SAHARAUIS

LIBRO II

